

Colección Invierno Tenue



Minerva Gallofré

# La Luna Escondida



Título: La Luna Escondida  
2016, Minerva Gallofré  
Ilustración de portada: Minerva Gallofré  
1ª edición  
ISBN: 978-84-945549-1-9  
Depósito legal: M-15060-2016  
Editorial Tres Inviernos  
Contacto: [leyendasdeonhyria@gmail.com](mailto:leyendasdeonhyria@gmail.com)  
Todos los derechos reservados



*Para Manu, porque es un árbol aunque tenga dos pies.*

*Para Rebeca, porque tiene raíces.*

*Y para Enrique, porque habla con las plantas.*

Escucha la banda sonora de esta novela entrando en

**[www.editorialtresinviernos.com](http://www.editorialtresinviernos.com)**

## La maldición de Zarzos

Seguramente hayas oído hablar alguna vez sobre un lugar maldito. En los cuentos hay castillos malditos, reinos malditos y bosques malditos. Pero yo voy a contarte una historia sobre una aldea maldita. Sí, una aldea: pues en Zarzos no vivían más de doscientos habitantes. Una ridiculez, ¿verdad? Allí no había príncipes, ni reyes, ni grandes hechiceros, ni dragones, ni nada que se les parezca. Así que te preguntarás, entonces, ¿quién demonios fue el canalla que provocó esa maldición?

Corzus Gordolobo, nuestro canalla en cuestión, salió un día de su humilde choza de paja y piedra con la intención de cazar algo grande en el bosque. No era demasiado fuerte, ni demasiado corpulento, sino más bien alto y un poco zancudo. Sin embargo, cazaba mejor que nadie. Además, solía hacerlo solo. Se dice que era un hombre bastante independiente, algo huraño y que hablaba poco.

Cáer Malvavisco, su mujer, ya había comenzado a encender el fuego del hogar para cuando él llegase cargado con un jabalí o algo parecido. Pues ese día, su único hijo, el pequeño Órzum Gordolobo, cumplía seis eras de edad, y sus padres querían preparar un banquete e invitar a todos los vecinos. Ahora bien, dejemos el hogar y el aroma de la salsa de cebollas y vino que Cáer sabía preparar con tanto esmero.

El caso es que Corzus llevaba al menos cuatro horas deambulando por los bosques. Se había alejado tanto de la aldea que ni siquiera la veía en lejanía. Aunque estar tan lejos no le producía ningún temor, sino todo lo contrario: en ocasiones, se deleitaba con aquellos momentos de soledad y silencio, sentado entre los brezos sobre las raíces de alguna encina. Era invierno tenue, la estación más suave de Onhyria, y su pelo cobrizo brillaba bajo la claridad de la mañana. El sol lucía de vez en cuando y había tormentas repentinas, de ésas que te pillan por sorpresa. Pero no parecía que esa mañana se avecinara ningún aguacero. Por ese motivo, Corzus no tenía demasiada

prisa, así que cogió su zurrón y sacó un trozo de pan duro y otro de queso no mucho más tierno que lo primero.

Los dulces aromas de las flores desaparecieron en cuanto se acercó el pestilente queso de oveja a la boca para propinarle un buen bocado. Así pues, oyendo el canto de los pájaros, disfrutó de aquel aperitivo hasta que no quedaron ni las migajas, y acto seguido se puso en pie y cogió su lanza de nuevo. Ahora sí: tenía que ponerse manos a la obra.

Su padre le había enseñado a cazar jabalíes, y Corzus no tardaría demasiado en comenzar a adiestrar a su pequeño hijo en esas mismas prácticas tradicionales. De ese modo, la enseñanza seguiría pasando de una generación a otra. Atravesó un par de praderas floridas. Sabía que aquellas bestias se refugiaban al otro lado. Eran hoscas, y tenían el pelo sucio y desaliñado. También eran peligrosas si se sentían amenazadas. Pero a Corzus no le daban miedo. En realidad, él tenía miedo a pocas cosas.

De repente escuchó un rugido en las proximidades. Sin embargo, no parecía tratarse del grito de ninguna fiera, sino de una voz humana implorando auxilio. Lo volvió a escuchar y supo que procedía de la fresneda cercana, así que, sin dudarle ni un momento, corrió hacia allí con su lanza en la mano, dispuesto a enfrentarse a lo que fuera.

Corzus corría tan rápido que los pies casi no le tocaban el suelo. Tenía el corazón acelerado y la respiración agitada cuando, de pronto, vio una mujer de pelo castaño tendida sobre la hierba. Tal vez todavía podría hacer algo por ella, aunque... No estaba seguro de que fuera una mujer. Quiso acercarse a reanimarla cuando una manaza con garras se lo impidió, dándole un empujón y lanzándolo a un lado.

—¡Humano insolente! —lo insultó aquél—. Esto no es asunto tuyo. Márchate antes de que me enfurezca o te castigaré.

—Pero, ¿quién eres tú? —le preguntó Corzus sin saber en sí de asombro. Aquel ser era imponentemente alto. Parecía un hombre, eso sí, con la piel cetrina, gris y muy estropeada, con garras en las manos, colmillos prominentes y unos ojos fulgurantes como el fuego. Sin embargo, lo que más sobrecogió a Corzus fue descubrir que un par de alas de murciélago le brotaban de la espalda y le llegaban hasta las rodillas.

—¡Vete, te digo! —rugió aquella criatura—. No quiero tener problemas con los tuyos.

Entonces, un vago recuerdo cruzó la mente de Corzus. En alguno de los cuentos que le habían contado de pequeño aparecían criaturas como aquella. Aunque, a decir verdad, le sorprendía mucho que existieran en realidad y que no fueran personajes de leyenda.

—Tú eres Murcaelus, ¿verdad? —osó preguntarle mientras un escalofrío de temor le recorría la columna—. Murcaelus el *elain*, mitad humano y mitad murciélago.

“¡Por los dioses! —se lamentó en su interior una vez lo había dicho—. Y ahora, ¿qué hago yo?”. Pero en lugar de temblar de miedo, Corzus se armó de valor y sostuvo su lanza con más fuerza, apuntando al siniestro Murcaelus sin vacilar.

—¿Te crees que esa lanza birriosa puede hacer algo contra mi poderosa magia negra? —presumía aquel villano con aires de suficiencia. Y no le faltaba razón, de hecho. Corzus también lo sabía. Sabía lo peligrosos que podían llegar a ser los hechiceros, sobre todo contra alguien como él, un simple aldeano y cazador. En cambio, la imagen de aquella mujer en el suelo, aterrada y con la mirada suplicante, le imbuyó una valentía que jamás había sentido antes.

—¡Déjala en paz! —lo retó Corzus sin bajar la guardia, consciente de que su adversario aprovecharía cualquier movimiento en falso para atacarle—. ¡Déjala ir o te las verás conmigo!

Murcaelus, confiado, profirió otra de sus horribles carcajadas de triunfo. Aquel *elain* era muy poderoso, todo el mundo lo sabía. *Murcaelus el Terrible*, *Murcaelus el Sangriento*... Nombres como aquéllos, entre otros, se le habían dado a lo largo del tiempo, y sólo los necios se habrían atrevido a desafiarlo. Necios como Corzus, que perseveraba sin bajar la hoja de su lanza cuando, de repente, algo lo distrajo, y también a su enemigo.

—¡Mamá, mamá! —sonó la voz de una niña—. ¡Tengo miedo, mamá!

Bajo un pliegue de la voluminosa capa parda de Murcaelus, una niña vestida con un sayo enorme y con el cabello de un raro color plata asomó la cabeza, dirigiendo a Corzus una mirada desconfiada. Así pues, aquél comprendió que el *elain* abominable trataba de raptarla, y acordándose de su hijo Órzum, que tendría más o menos la edad de la pequeña, Corzus reunió fuerzas de donde no las tenía para salvarla.



—¡Suéltala, bellaco! —gritó con ímpetu, abalanzándose sobre Murcaelus. Éste trató de defenderse, bloqueando la lanza con sus mugrientas manos y desviando el golpe que, sin duda, le habría dejado una buena herida. Corzus tropezó, el *elain* también, y de ese modo la niña se escaqueó, corriendo hacia donde estaba su madre.

—¡Te he dicho que no te entrometas, humano! —bramó Murcaelus, poniéndose de nuevo en pie y batiendo con majestuosidad sus alas de murciélago—. Ahora no tendré más remedio que acabar contigo, estúpido. Tú te lo has buscado.

Murcaelus adoptó un aspecto todavía más cruel del que ya tenía. Erguido y con los brazos extendidos sonreía, perverso y muy seguro de sí mismo, pues sin duda había decidido invocar su magia más tenebrosa.

Un aura de turbia luz blanquinosa lo envolvió de pronto, subiéndole desde los pies a la cabeza, y en las palmas de sus manos comenzaron a crearse sendas esferas de igual color. Por otro lado, Corzus se había situado delante de la mujer y la niña, dispuesto a defenderlas aun sabiendo que, seguramente, saldría muy mal parado.

—No sé cómo os llamáis ni por qué os busca este diablo —les dijo, sin apartar los ojos de Murcaelus—, pero debéis huir cuanto antes.

Sin embargo, aquella mujer no parecía dispuesta a dejar allí solo sin más a quien les había salvado la vida a su hija y a ella. Corzus la miró de soslayo, sólo por un momento, descubriendo que llevaba un vestido hecho de hojas y cortezas de árbol y que tenía la melena suelta por encima de su espalda. Además, existía algo característico en su cara, en su nariz afilada y sus ojos rasgados. Definitivamente, no era humana.

—Si me voy, te matará —resolvió ella, con la voz muy firme.

—¿Cómo dices? —se extrañó Corzus, sin saber a qué se refería.

Mientras tanto, el poder de Murcaelus continuaba creciendo. Una esfera de fuego blanco del tamaño de una cabeza crepitaba entre sus manos, a la espera de ser arrojada contra Corzus. Aquél, que jamás había visto nada igual, no podía apartar sus verdes ojos de ella mientras su cabello pelirrojo comenzaba a ondear por causa del viento huracanado que empezaba a cernirse sobre el lugar.

—¡Te lo advertí, humano miserable! —se jactaba el *elain*, muy seguro de su poder—. Y cuando te aparte de mi camino, me llevaré a la niña.

Corzus se puso nervioso. No le daba demasiado miedo morir, sobre todo si era por una causa noble. Al menos así, en la aldea, sería recordado como un héroe. Aunque la sensación de saber que si no resistía aquel monstruo se llevaría a la indefensa niña, le ponía los pelos de punta.

–No te preocupes, humano –le susurró la mujer casi al oído–. Tú no bajas el arma y Lúa hará el resto.

–¿Lúa? –inquirió Corzus–. ¿Te refieres a tu hija?

Mas no era momento de preguntas, así que Corzus hizo lo que ésta le había indicado mientras la niña se ponía a su lado para sujetar la lanza con él.

–¡Es peligroso! –le advirtió, como por instinto, al verla tan pequeña. Pero la niña no le hizo caso. Tenía unos ojos penetrantes de color negro, y en ese momento los posaba sobre el malvado Murcaelus sin dejar de tocar la lanza de Corzus, quien pensó que aquella niña era más valiente que muchos hombres de Zarzos.

–¡Vosotros lo habéis querido! –gritó el *elain*, indicando así que ya estaba listo para aniquilarlos–. ¡Ahora sabréis por qué se habla tanto de mí en las leyendas!

Y acto seguido, de las manos de Murcaelus surgió un torrente de fuego blanco en dirección a Corzus, quien pensó que no le quedaba más alternativa que aguantar allí hasta ser devorado por aquellas llamas mágicas. En cambio, justo en ese instante la hoja de hierro de su lanza se iluminó como si fuera un trozo de luna, y luego comenzó a desprender chispas plateadas.

–¡Ahora, humano! –le indicó la mujer–. ¡Ahora! ¡Arrójale la lanza!

Corzus Gordolobo, sin dudarle ni un momento, lanzó con todas sus fuerzas su arma, que brillaba como un cometa, contra el brazo de fuego de Murcaelus. Entonces, la lanza y aquel rayo de luz malévolamente entrechocaron entre sí, provocando un sonido atronador que se escuchó hasta en el último rincón de Zarzos. Un resplandor inimaginable lo envolvió todo, arrancando de la boca de Murcaelus varias palabras malsonantes que es mejor no referir aquí, y luego todos salieron despedidos, chocando contra los troncos de los fresnos y cayendo después al suelo.

–¿Estáis bien? –se preocupó Corzus en cuanto pudo incorporarse de nuevo. A su lado, la mujer protegía con sus brazos a la pequeña Lúa, y a varios metros de ellos Murcaelus permanecía tendido junto a un tocón seco, inconsciente.

–Lúa sí... –gimió la mujer–. Pero yo...

Corzus ahogó un grito al verla, pues su cuerpo comenzaba a volverse cada vez más transparente, como si fuera a desaparecer de un momento a otro. Entonces la niña, que también se dio cuenta, se abrazó corriendo a su madre, con lágrimas en los ojos.

–¡Mamá! –sollozó.

–Espera, Lúa –le dijo Corzus, tratando de mantener la calma–. Déjame ver a tu madre. ¿Cómo te llamas?

La mujer, quien hasta ese momento no se había presentado, se limitó a pronunciar:

–Arian.

–Bien, Arian. Yo soy Corzus Gordolobo, y te llevaré a mi aldea. Allí te curará el viejo Sauquillo.

–No lo entiendes, Corzus. Pues, claro, tú eres un humano y no sabes mucho sobre magia. Pero el hechizo de Murcaelus me rozó, y ahora desapareceré, volviendo a la tierra que me vio nacer.

–¿Qué significa eso? –se preguntaba Corzus, sintiéndose impotente por no poder salvarla. En ese instante, la piel de Arian se tornó todavía más pálida y Lúa se abrazó a su cuello, sin dejar de llorar. Al observarlas a las dos juntas, Corzus volvió a caer en la cuenta de que no eran humanas, sino tal vez habitantes del bosque: *féeros*, como se los llamaba en la aldea. Entonces Lúa dio un giro brusco y se le cayó la capa que llevaba puesta. Mientras su madre se la recolocaba, el cazador se dio cuenta de que la niña era...

–No se lo digas a nadie –le rogó Arian–, es un secreto. No le cuentes a nadie que Lúa es... Así.

Él asintió, todavía boquiabierto, pues jamás había conocido a nadie de aquella raza. Entre tanto, Arian se apresuraba a cubrir a Lúa con aquella capa vieja que podría doblarse varias veces sobre el cuerpecito de la niña.

–¿Podrías llevártela y esconderla, Corzus? Si no lo haces, Murcaelus la capturará.

–¿Estás segura de lo que dices, Arian? –le respondió aquél, sumido en un mar de dudas–. Me la llevaré, si así lo deseas. Haré lo que pueda para esconderla. Pero recuerda que sólo soy un humano, no puedo asegurarte que sea capaz de protegerla de las garras de Murcaelus.

–Sí podrás, Corzus –insistió ella–, pues en ti hay valor.

Poco después, mientras terminaba de hablar, Arian se desvaneció completamente y de ella brotó un precioso espino albar, con las ramas llenas de pequeñas flores blancas.

—Así que tu madre era una *dríade*...—reflexionó Corzus con los ojos como platos, sin dejar de mirar aquel precioso árbol en el que Arian se acababa de convertir. Lúa asintió, cerrando muy fuerte los párpados para no llorar más, y se abrazó a aquél tronco reprimiendo un hipido cuando, de pronto, un quejido desagradable interrumpió aquella despedida.

Murcaelus volvía en sí, más enfadado que nunca, mientras Corzus cogía de un puñado a la pequeña Lúa y se la cargaba sobre un hombro, pues ésta pesaba mucho menos que cualquier costal de harina de los que solía traer caminando desde el molino.

—¡Agárrate, Lúa! —le dijo, echando a correr como nunca mientras recogía su lanza del suelo. Notaba la mirada ardiente de Murcaelus, clavándose sobre su espalda. Pero el *elain*, por fortuna, estaba herido. Había recibido el fuerte impacto de su propio conjuro y apenas podía siquiera caminar, y mucho menos perseguirlos. Por ese motivo, Corzus se sintió un poco más tranquilo, aunque debía alejarse cuanto antes de su campo de visión, ya que sólo así Lúa y él estarían a salvo.

Sin saber cómo, un dolor agudo en la parte trasera de su muslo le hizo perder el equilibrio y caerse sobre las milenramas del camino. Lúa gritó, pero Corzus se contorneó como buenamente pudo para que la niña no diera de bruces contra el suelo.

—¡No saldrás impune de esto, humano miserable! —exclamó Murcaelus, emprendiendo el vuelo gracias a sus grandes alas. Por desgracia, llevaba razón: Corzus comprobó que el hechicero lo había herido a traición en la pierna, y la pequeña Lúa se asustó al descubrir que éste sangraba.

—No es nada, Lúa. Sólo un rasguño. Podré llegar hasta Zarzos sin problema.

—No será tan fácil, ignorante —continuó provocándolo Murcaelus con una inquietante sonrisa de vencedor, a pesar del mal estado en que parecía encontrarse.

—Ah, ¿no? Y eso, ¿por qué?

Aquel *elain* murciélago parecía sentirse sospechosamente feliz, a pesar de todo. Y Corzus no podía evitar tener la sensación de que algo no iba bien. Al final, observando al humano con una mueca burlona, Murcaelus auguró:

–Mi conjuro acabará contigo antes de que anochezca.

“Lo suficiente como para poner a Lúa a salvo”, pensó Corzus asumiendo que le había llegado la hora. Jamás se habría imaginado que ese día, el día en que su hijo cumplía seis eras, sería también el día de su muerte. Vaya regalo iba a recibir el pobre Órzum. Sin embargo, intuía que aquella era una causa importante por la que perder la vida. Sólo con mirar a Lúa era capaz de suponer que aquella niña feérica era demasiado importante para la paz de las tierras de la región, pues si no, Murcaelus no la buscaría con tanto empeño. Levantó la cabeza, luchando por no desfallecer todavía. Ahora sí que sentía el dolor de aquella maldita herida. Por la nuca le resbalaba un sudor muy frío y comenzaba a secársele la boca.

–Mi segunda maldición es para tu aldea –prosiguió el *elain* con rencor–, y también para todos los bosques de Érzedak. Por eso, cada vez que el sol se ponga, cada nueva noche que tiña el cielo de oscuro, las ramas de todos estos árboles crecerán, se enredarán entre sí, retorciéndose, hasta cubrir cualquier hueco para ahogar el menor atisbo del claro de luna. Y de ese modo, cada noche tú y los tuyos quedaréis sumidos en la más profunda de las tinieblas.

Corzus no entendía nada en absoluto. No sabía si era por efecto de la herida que en breve le provocaría la muerte o si, por el contrario, era el propio Murcaelus quien deliraba, ofuscado tras haber sido víctima de su propio hechizo. Pero, ¿qué tenía que ver la luna con todo aquello? ¿Qué podría ganar un hechicero tan cruel mediante una maldición tan ridícula? Pensó que, simplemente, los habitantes de Zarzos tendrían que gastar un poco más en leña para las hogueras o en aceite para las lamparillas con las que se iluminaban al oscurecer. Aunque luego intuyó que las intenciones del hechicero albergaban, por supuesto, un propósito muy oscuro.

–En cuanto a la niña –prometió el *elain* dispuesto a marcharse a su refugio–, volveré a por ella, humano. Volveré y me la llevaré.

Su amenaza sonó estremecedora. En ese instante, Murcaelus se alejó volando, con el cuerpo exhausto y el orgullo herido, mientras Corzus continuaba preguntándose el porqué de todo aquello. Después, cuando ya

estuvieron fuera de peligro, cogió en brazos a Lúa, abrazándola como si fuera su propia hija.

–Nunca te cogerá, Lúa. Yo te protegeré. Te lo prometo.

El pelo plateado de Lúa ondeó con la brisa de la tarde, reluciendo como el claro de luna, y ésta miró a su salvador, conmovida, mientras se despedía con una mano del árbol en que se había convertido su madre. Lúa se limpió los ojos y la nariz con la manga de su camisa y suspiró.

–Ahora cuéntamelo todo, pequeña –le pidió Corzus, caminando hacia la aldea, cada vez con más esfuerzo–. Es necesario.

## Órzum Gordolobo

A los habitantes de Zarzos les costaba cinco días de camino ver la luna por la noche. Cinco días de camino más los peligros de éste y la gran cantidad de víveres que tenían que llevar con ellos, a la ida y a la vuelta. Tanto era así que la maldición de Murcaelus, después de diez eras, se había normalizado entre ellos, y apenas ya nadie le daba importancia a un detalle tan insignificante como ver o no ver la luna en los cielos nocturnos. Al anochecer, cuando las ramas de los árboles del bosque de Érzedak se convertían mágicamente en aquel techo opaco y oscuro, lo único que sucedía era que todos regresaban a sus casas y avivaban el fuego del hogar.

Sin embargo, había quien sí echaba de menos a la hermosa luna. El viejo Sauquillo, de hecho, se había dado cuenta de que las cosechas habían empeorado porque los campesinos, que eran la mitad de los aldeanos, sembraban y cosechaban sin saber si la luna estaba menguante, creciente, nueva o llena. Su mujer, la Sauquilla, como la llamaban por allí, era curandera y, según se creía, tenía un poco de adivinadora. Al igual que su marido, se quejaba porque ya no podía preparar bien sus medicinas, ya que a éstas y a las plantas curativas también les influía la magia de la luna.

En cambio, entre los jóvenes la luna sólo se había convertido en un cuento más, en algo de lo que hablaban los mayores y los viejos. Mas, ¿en qué podía beneficiarles a ellos que hubiera o no luna en el cielo?

—Despierta, Órzum —decía Cáer Malvavisco, suavemente, junto al jergón de paja en donde dormía su hijo con dos perros pastores—. Hace ya un buen rato que el gallo cantó.

Órzum Gordolobo era ya un chico de dieciséis eras de edad. Dormía todas las noches junto a la chimenea, en el mismo habitáculo que hacía las veces de salón, taller, cocina y dormitorio, pues la modesta choza de los Gordolobo no era mucho más grande. Justo entonces, abrió los ojos. Los tenía de color miel, como su madre, aunque sus cabellos y sus cejas eran

cobrizos, como los de su difunto padre. Sus pómulos moteados de discretas pecas también recordaban mucho a la imagen de Corzus, sobre todo cuando se reía, pues le salía un hoyuelo a cada lado de la boca.

—¡Vamos, Órzum! —lo instigó la viuda con algo menos de paciencia—. Hoy viene el mercader. Recuerda que nos debe dinero.

Cáer no había cambiado mucho. Todavía era linda, tenía las pestañas tupidas y largas y la frente pequeña, aunque su cara se había llenado de arrugas. Desde la muerte de Corzus no se había quitado aún el manto negro con el que se cubría la cabeza, y sólo Órzum sabía que algunas canas ya cruzaban la cabellera rubia de su madre.

—He vuelto a soñar con papá —anunció el joven, incorporándose despacio. Los perros también se levantaron, sabiendo que el nuevo día comenzaba y que, por tanto, había que ponerse manos a la obra. Sin embargo, las palabras de Órzum habían dejado congelada a su madre, quien no supo qué contestar.

—Tu padre murió hace diez eras, hijo, por culpa de ese maldito jabalí que lo hirió.

Cáer no soportaba que nadie hablase de ello, pero últimamente su hijo tenía muchas dudas y hacía preguntas muy extrañas. El abuelo Gordolobo decía que eso era propio de la edad, que el muchacho estaba creciendo y necesitaba saber cosas sobre su padre para convertirse en un hombre hecho y derecho. Sin embargo, Órzum tenía la constante sensación de que nunca se le había contado toda la verdad.

Mientras la viuda calentaba un poco de leche en el fuego, Órzum se desperezó, observando la chimenea de piedra. La lanza de Corzus llevaba expuesta allí desde el día de la tragedia, y con suerte era lo único valioso que a su hijo le había quedado de él.

—¿Cómo estás tan segura de que fue un jabalí? —le preguntó a su madre a la vez que sacaba una hogaza de pan de un arcón. En ese momento, Cáer lo miraba como si se hubiera vuelto loco.

—Todo el mundo lo sabe, hijo —respondió, un poco atolondrada—. Tu padre salió a cazar un jabalí por el día de tu sexta memoria y...

—Ya —la cortó él, sabiendo cómo continuaba la historia—, pero hoy he soñado que eso sucedió de otra manera.



Su madre le dirigió otra mirada, algo más severa. Órzum se había sentado ya a la mesa, esperando la leche caliente mientras se frotaba el mentón con las manos. Tenía la barbilla ancha y desde hacía algunas semanas se estaba dejando crecer la perilla. Sólo un poco, porque la barba todavía le salía rala. Era delgado, al igual que Corzus, aunque tal vez algo más alto de lo que fue aquél.

–Se quema la leche, madre –le advirtió al percibir el característico olor de la leche cuando comienza a pegarse a la base de una cazuela. Cáer la retiró apresuradamente del fuego y la llevó hasta la mesa. Acto seguido, se sentó a desayunar con su hijo, que en esos momentos cortaba dos grandes rebanadas de pan para untarlas con miel y mantequilla.

–Órzum, los sueños sólo son eso: sueños –opinó ella, con tono parco y adusto, pues no le gustaba que su hijo tuviese la cabeza llena de pájaros. Tenía que convertirse en un hombre y prepararse ya para cortejar a una de las mozas de la aldea y, más adelante, formar un hogar.

–Pero mi sueño parecía real. En él aparecía ese tipo horrible de las leyendas, el *elain* Murcaelus. Ese demonio era quien asesinaba a papá y después...

–¡Ya es suficiente! –exclamó Cáer, levantado la voz para hacerlo callar. Órzum se quedó de piedra, masticando un pedazo de pan, mientras uno de los gatos, uno de color naranja, se subía a la mesa para lamer unas gotas de leche que se habían derramado. Pocas veces había visto a su madre tan enfadada. En silencio, los dos siguieron desayunando como si no hubiera pasado nada. Siempre era así. Cuando Órzum hacía demasiadas preguntas, ella se enfurecía.

–A tu padre lo mató un jabalí, ¿entendido? –declaró, algo más tranquila. Pero Órzum, disconforme, ni siquiera asintió con la cabeza. Había algo que chirriaba en esa historia. Su padre era el mejor cazador de Zartzos, era imposible que hubiera muerto por un descuido, por un simple rasguño en una pierna, pues los jabalíes, cuando embisten a un enemigo, lo hacen sin ningún tipo de piedad.

Cuando consideró que había comido suficiente, y puesto que se le había quitado el apetito, Órzum se levantó de la mesa. Se vistió con un sayo de color azul índigo, se lo ajustó con una correa de cuero y se calzó.

—La semana que viene comienza la siega —le informó su madre con suavidad. Aunque en realidad no quería decirle eso. Ni siquiera estaba pensando en la siega. Sólo era la manera que tenía Cáer de decirle: “Lo siento, hijo. Siento haberte gritado”. Y Órzum, que lo sabía, se acercó a ella y la besó en la mejilla. Era su manera de responderle: “No te preocupes, mamá. Entiendo tu dolor cuando hablamos de papá. No tiene importancia”. Después cogió su zurrón. Lo llenó con un puñado de cerezas y se marchó a la plaza, a recibir al mercader.

Era una mañana de invierno tenue. El cielo estaba cubierto por una ligera capa de nubes y lloviznaba un poco, aunque no hacía apenas frío. Prueba de ello era que los habitantes de Zarzos habían salido de sus casas sin prendas de abrigo.

En la aldea sólo había una plaza. Una plaza con una fuente y un abrevadero. No era mucho, aunque bastante como para ser el sitio preferido para las reuniones y los encuentros. Casi todo el mundo en Zarzos, si quería hablar contigo, te decía que te esperaba en la plaza. Y esa mañana concretamente, a pesar de que había trabajo en los campos, la mitad de los aldeanos aguardaban con paciencia la llegada del mercader en torno a aquel enclave.

Cuando Órzum llegó, varios granjeros ya se habían hecho hueco allí, ellos y los animales que querían vender o trocar al mercader: gallinas, conejos, ovejas e incluso algún caballo. El joven, por su parte, llevaba un cesto de rafia con pimientos secos y uvas pasas, algunas ristras de ajos, patatas y cebollas. Justo en ese momento, otro joven llegaba acompañado por un perro y dos docenas de ovejas que se dirigieron al abrevadero. Era un pastor, se llamaba Gurkh Abedul y tenía la edad de Órzum. De hecho, era su mejor amigo. A diferencia de Órzum, Gurkh era más bajo aunque de espalda ancha, de tez oscura y cabellos y ojos negros como el carbón. A pesar de su juventud le crecía una barba bastante cerrada, y a decir verdad, la mayoría de los jóvenes de la aldea lo envidiaban por ello. Pero por nada más.

—¡Eh! ¡Órzum! —lo llamó—. Esta noche es la fiesta de Ankara Fresno, ¿vas a venir?

—¿Ankara Fresno? —dudó Órzum. Al pronunciar aquel nombre, su corazón se puso a latir muy deprisa—. No lo sabía. No me ha invitado.

–Eso es porque no te habrá visto –respondió Gurkh–, prometió que nos invitaría a todos. Bueno, a todos excepto a...

En esos momentos, la vieja Sauquilla pasaba de largo con su hija, una muchacha con pocos amigos en la aldea, de carácter huraño y que siempre iba ataviada de una forma muy rara, con una túnica tan larga que casi se la pisaba, una capucha que no dejaba apenas ver su cara y una capa basta y vieja que le cubría la espalda. Gurkh y Órzum la miraron con curiosidad, y al descubrir que ella se había dado cuenta, disimularon de la manera más torpe.

–Ya lo suponía –murmuró Órzum–. A Ríanon nunca nadie la invita a nada. Pobrecilla.

–¿Cómo que pobrecilla? ¿Es que no la ves? Es una antipática, y parece que siempre camina a escondidas. Es más: incluso se dice que no es hija verdadera de los Sauquillos, sino una sobrina adoptada, o algo así. Cuando ella llegó a la aldea, los Sauquillos ya eran demasiado viejos como para tener hijos.

Ríanon se alejó poco después de su vista, caminando detrás de la vieja Sauquilla como si fuera un saco andante, con aquella capa horrible que le daba aspecto de jorobada, y Órzum, aunque no lo reconoció por vergüenza, sintió compasión por ella. Él también era tímido y solitario, y tampoco tenía demasiados amigos. Sólo Gurkh y alguno más.

–Bueno, ¿qué? –insistió el joven pastor, sacándolo de sus reflexiones–. ¿Vas a venir? Ankara cumple dieciséis eras. Dicen que Roblenorme le ha llevado esta mañana a su casa un jabalí que ha cazado él mismo. La madre de Ankara se ha puesto muy contenta. Con eso comerán sus siete hijos durante tres semanas.

La palabra *jabalí* le revolvió las entrañas a Órzum, trayendo nuevamente a su cabeza los vagos recuerdos que le quedaban sobre su padre. Él nunca había cazado un jabalí. Él no sabía cazar jabalíes porque su padre no tuvo tiempo para enseñarle. De hecho, su madre y él no habían vuelto a comer jabalí excepto en las casas de otros vecinos, durante alguna de las fiestas.

–No tengo nada que regalarle –se lamentó Órzum, observando con fastidio su cesta llena de hortalizas–. No iré a la fiesta de Ankara, Gurkh. Invéntate alguna excusa cuando la veas.

Pero Gurkh, masticando una rama de hinojo, continuó insistiendo. Así era como lo conseguía casi todo.

–Yo voy a llevarle un queso.

–¿Un queso? –se rio Órzum–. Los quesos huelen mal.

–¿Y eso qué más da? No tengo otra cosa. En cuanto a ti, ¿por qué no le llevas un ramo de flores? Siempre sabes dónde encontrar las más bonitas y las que mejor huelen. A las chicas les encantan las flores.

“A Ankara, no”, pensó Órzum. Un ramo de flores jamás podría competir con el lustroso jabalí que le había llevado Roblenorme, sobre todo porque Órzum quería ganarse el corazón de aquella muchacha. Casi sería mejor no aparecer por allí antes que hacer el ridículo.

–¡Oh, vamos! –lo animó Gurkh, pasándole una mano por encima de los hombros–. ¿Por qué no le llevas un manojo de rabanitos, de éstos que crecen en tu huerto?

–¡Qué tonterías, Gurkh! ¿De verdad crees que puedo impresionarla con eso?

El pastor se avergonzó. Era posible que hubiera dicho una sandez, sí. No era muy diestro para elegir las palabras. Aunque quería ayudar a su amigo. Roblenorme le caía fatal, y haría lo que fuera para que Ankara eligiese a Órzum, pues las muchachas de su edad habían comenzado a prometerse con los jóvenes de la aldea.

–Bueno –comenzó, dubitativo–, ya sabes lo que se dice: tienes un don para trabajar con la tierra. Tus cosechas son las únicas que no se hielan, que no se secan y que no son comidas por ningún animal. Son las mejores de todo Zarzos.

Y no le faltaba razón. Los árboles frutales de Órzum daban más fruto que ningún otro, y sus cosechas eran generosas y de buena calidad. Incluso las flores silvestres resistían las primeras heladas en su jardín mucho más tiempo que en ningún otro. Pero para Órzum, ese don no servía de nada. Y tampoco creía que para Ankara fuera a significar mucho. De hecho, nunca le había contado a nadie que entendía el lenguaje de las plantas y que sabía hablar con ellas. Pues si alguien se enteraba, se convertiría en el segundo lunático de la aldea, sólo un puesto por detrás de la hija jorobada de los Sauquillos, claro estaba.

–Deja de intentar convencerme, Gurkh. Me quedaré en casa y ya está.

–¡Pero Órzum! Van a ir todos: irá Gorrión Yolco, y Azalea Turm...

De pronto, la escandalosa voz del mercader solapó a las suyas. Aquél se acercaba sonriente en su gran carro tirado por dos percherones, anunciando su llegada al tiempo que detenía a los animales. Llevaba un pendiente de oro en cada oreja y había marcas de viruela sobre su grotesca cara de mejillas flácidas.

—¡Soy Zorro el Mercader! ¡Vengo de Nuredea y os traigo especias, sal, té! Hermosas telas de color para hacer vestidos de dama, hilo de seda, agujas de hueso, navajas que cortan el acero.

—¡Aquí ya tenemos navajas! —protestó un anciano al que le faltaban todos los dientes menos uno—. Las hace mi nieto.

—Disculpadme, señor —se excusó el mercader, sonando adulator—. Tendré que conocer a vuestro nieto entonces, para ver si me conviene más vender las suyas, ya que tan buenas decís que son.

El viejo se quedó satisfecho con la disculpa y el mercader, con sus manos rechonchas y llenas de anillos de plata, levantó la lona de su carro para que todos pudieran ver sus mercancías. Lo cierto es que no era fácil hacer negocio en una aldea perdida de las manos de los dioses en la que, además, casi todos los habitantes sabían fabricar sus propias artesanías. Sin embargo, la llegada de Zorro siempre suscitaba expectación entre las gentes de Zarzos, pues solía vender artículos que éstos ni siquiera alcanzaban a imaginar, como aceites delicados, jabones de aromas, pipas y hierba para fumar y otros productos traídos desde tierras muy lejanas. Incluso cacao, aunque no se tenía constancia de que algún aldeano de por allí hubiera podido pagar nunca ni un poco de éste.

—¿Qué tienes que comprar, Órzum? —le preguntó Gurkh mientras le arrancaba una garrapata a su perro pastor. Luego la lanzó al suelo y la pisó, concienzudamente. Pero Órzum no estaba pensando en la garrapata, ni en Gurkh, ni en lo que su madre le había pedido que comprase, sino en cuál de todos aquellos caprichos le agradaría más a la bella Ankara.

—¿Crees que le gustará esa horquilla? —indicó, señalando con el dedo una bonita horquilla de nácar.

—¿A tu madre?

—¡No, Gurkh! Hablo de Ankara. ¿Crees que le gustará que le regale esa horquilla?

Gurkh observó la horquilla de nácar con los ojos muy abiertos, y después dirigió una mirada reprobatoria a su mejor amigo. Sin embargo, a esas alturas Órzum ya se imaginaba aquél bonito adorno ensartado en la preciosa melena negra de Ankara Fresno. Quería regalarle la horquilla.

—Tu madre te matará si te gastas vuestro dinero en eso —le recordó Gurkh, cruzado de brazos e intentando parecer muy responsable. Órzum sabía que no le faltaba razón, mas era su única oportunidad para ganarse el aprecio de Ankara. Además, seguro que su madre se sentiría orgullosa de él si conseguía conquistar a la chica más pretendida de toda la aldea.

—No tiene por qué enterarse, Gurkh —protestó, disconforme—. Puedo comprar menos sal y contarle que ha subido de precio. Además: el mercader nos debe dinero, seguro que tendré suficiente.

—¿Hablas de mí, Órzum Lobogordo? —se giró de repente Zorro el Mercader, tras haberse guardado un puñado de monedas de plata en una faltriquera que llevaba colgando del cinturón.

—No es *Lobogordo* —respondió el joven—, se dice *Gordolobo*. Y sí, hablo de ti. Vengo a traerte lo que nos pediste y a cobrar el dinero que nos debes a mi madre y a mí.

Órzum estaba molesto. Le fastidiaba que pronunciaran mal su apellido, y también le fastidiaba que Gurkh continuase allí, arqueando las cejas, esperando a que comprara la horquilla para volver a regañarle, como un viejo gruñón. Zorro, por su parte, jamás borraba la sonrisa de su boca. Era una especie de mueca adquirida tras mucho tiempo de dedicarse a aquel oficio, pues se pasaba los días negociando con todo tipo de gente y, como era obvio, su mejor arma era la simpatía.

Cogió la cesta que le había llevado Órzum y revisó lo que ésta contenía. Contó las patatas y las cebollas, cogió algunas de ellas entre sus dedos para comprobar que eran de buena calidad. Luego olisqueó los ajos y los pimientos secos, y por último, se echó a la boca un puñado de uvas pasas.

—Estupendo —resolvió—. Espléndido, como siempre, joven Gordocorzo.

—Se dice *Gordolobo* —le aclaró una vez más Órzum, resoplando.

—Como quieras, Torvolobo.

Órzum frunció el ceño, impaciente, mientras que Gurkh a su lado se reía por lo bajo. El mercader, sin embargo, ignorando su mal humor, se sacó una bolsita de dinero del bolsillo de la capa y se la entregó.

–Cuéntalo, muchacho, para que veas que no hay engaño.

Órzum abrió la bolsita, dejando caer las monedas sobre la palma de su mano. Las contó minuciosamente, tres veces seguidas, comprobando así que el intercambio había sido justo y que, además, el mercader había saldado su deuda.

–¿Todo bien? –le preguntó éste. Órzum asintió con la cabeza y se guardó una parte del dinero, dejándose algunas monedas de cobre en la mano para comprar sal, té y especias, pero justo entonces la delicada horquilla de nácar volvió a relucir ante sus ojos como una tentación que lo llamaba a gritos.

–¿Cuánta sal esta vez, Hombrelobo? –le preguntó el mercader, abriendo un inmenso saco que contenía aquel carísimo aderezo traído de las costas.

–¿Cuánto pides por esa horquilla de ahí? –le preguntó en cambio Órzum, hablando muy rápido, como si así pudiera sentirse menos culpable por cometer semejante locura. Gurkh ladeaba la cabeza, lamentándose por la inconsciencia de su amigo, pero éste seguía sin hacerle caso. En cuanto a Zorro, que se quedó absorto, tardó poco en sonreír con la picardía que lo caracterizaba. Luego, alargó el brazo para coger la horquilla con delicadeza y la paseó ante los ojos de Órzum, pareciendo que trataba de hipnotizarlo.

–¿Esta horquilla, dices? Sólo cuesta dos piezas de plata.

–¿Dos piezas de plata? –se alarmó el joven—. Pero si eso es todo lo que tengo...

En ese momento, Gurkh carraspeó para hacerse notar.

–Bueno, Sordobobo –caviló el mercader–, puedo fiaros la sal. Me la pagarás dentro de dos semanas, sólo que, claro, por el doble de su precio.

–¿El doble de su precio? –replicó Órzum—. Menuda cara...

Sin embargo, Zorro no se ofendió en absoluto. Con la misma parsimonia con que antes había cogido la horquilla de nácar para enseñársela, se dio la vuelta para recolocarla en el lugar que le pertenecía.

–Como quieras, Orcolobo. Será mejor que te ponga la sal. Es una lástima: a esa chica que dices le habría encantado llevar una horquilla bonita sobre la melena.

El mercader regresó al saco de sal mientras Gurkh le daba una palmada en la espalda a Órzum para indicarle que había hecho lo correcto. En cambio, cuando Zorro echó el primer cacito de sal dentro de la bolsa del joven, éste le pidió que se detuviese.

—¡Quiero la horquilla! —anunció, casi sin vocalizar. El mercader sonrió, burlón, y un brillo avisado cruzó sus pequeños ojos de serpiente.

—Pero, ¿qué haces, estúpido? —lo reprendió Gurkh, abriendo tanto la boca que se le cayó al suelo la rama de hinojo que llevaba media hora masticando.

—¡Oh, déjame! Esto es asunto mío.

Entonces Gurkh suspiró con resignación, encogiéndose de hombros.

—Cuando tu madre cuelgue tu cabeza en esta plaza, no me digas que no te lo advertí.

Justo en ese momento, Zorro el Mercader entregaba a Órzum la horquilla de nácar, delicadamente envuelta en un trozo de terciopelo. Y éste, al instante, le pagó, sumando el valor de dos monedas de plata con todas las monedillas de cobre que llevaba encima. Cuando se guardó la horquilla en el bolsillo, ya no le quedaba dinero, y tampoco llevaba la sal, ni las especias, ni el té.

—¡Muchas gracias, Gordocóndor! —se despidió el mercader levantando una mano—. Espero que a esa muchacha le guste el regalo.

Y no del todo satisfecho por el negocio que acababa de hacer, Órzum se alejó de allí indicándole a Gurkh que se encontrarían en la fiesta de Ankara, esa misma tarde.



## La fiesta de Ankara Fresno

—¡Órzum Gordolobo! —bramó Cáer. Y lo hizo como solía hacerlo cuando Órzum metía la pata hasta el fondo. Éste, que se encontraba fuera de la choza revisando las calabazas tempranas, se quedó pálido y le abordó un retorcijón en la barriga. Sabía que ella lo sabía. Sabía que su madre había descubierto su burda mentira y... Sabía que su furia sería terrible.

Entró lo más rápido que pudo en su casa descubriendo que, para su desgracia, la viuda lo esperaba cruzada de brazos, con la horquilla de nácar en una de sus manos. El rostro de Órzum se enrojeció súbitamente y tragó saliva, consciente de lo que se le venía encima. Su madre, con una mueca severa, esperó a que se sentara en el poyete de la pared antes de seguir reprendiéndolo, y cuando éste se entregó al fin, comenzó:

—¿Cómo has podido, Órzum? ¿Cómo has podido? Me has mentido y, además, te has gastado nuestro dinero en una maldita horquilla de nácar. ¿En qué estabas pensando, cariño? No necesito que me hagas regalos tan caros para demostrarme lo buen hijo que eres.

Pero al escucharla, a Órzum le dio un vuelco el corazón. Si Cáer ya estaba lo bastante enfurecida, no quería ni pensar cómo se pondría cuando le confesara que esa horquilla era para una muchacha. Sin poder evitarlo, agachó la cabeza, abochornado, y se sostuvo la frente con ambas manos.

—¿Sucede algo, Órzum? —se preocupó ella. Entonces se acercó al joven, despacio, y con suma ternura le apoyó una mano en el hombro. Es cierto que Órzum podría haber aprovechado la coyuntura para adular a su madre, haciéndole creer que aquel carísimo obsequio era para ella y así librarse de una buena bronca. Sin embargo, después de todo, mentirle sería demasiado cruel. Y por otro lado, no había comprado la horquilla para su madre. Tenía que llevársela a la muchacha más hermosa de Zazos porque, si no, todo su esfuerzo habría sido en vano.

—Esa horquilla es para Ankara Fresno —confesó al fin. A la mujer se le salieron los ojos de las órbitas. Acto seguido, todo el amor maternal que durante unos segundos había apaciguado su cólera desapareció, dejando paso a una fiera peor que los jabalíes, peor que los ogros y peor que los dragones de las leyendas.

—¿Cómo que es para Ankara Fresno? —gritó, con las venas de las sienes hinchadas—. ¿Te has gastado nuestro dinero en comprarle un regalo a esa niña mimada?

Órzum en el fondo sabía que a su madre no le faltaba razón. Ankara era una joven caprichosa y consentida, pero era tan guapa y lo tenía engatusado hasta tal punto que no pudo sino responderle:

—¡Ankara no es ninguna niña mimada!

Cáer abrió la boca para protestar, aunque no salió de ella una sola palabra. Cuando ocurría así, significaba que la ira de ésta había llegado a su culmen. Se acercó al puchero que burbujeaba sobre el fuego del hogar, sirvió un cuenco con sopa de garbanzos y luego, con premeditado desdén, lo dejó sobre la mesa, donde se sentaba Órzum. Éste, que en esos momentos era incapaz de reconocer que se había equivocado, cogió una cuchara de madera y se llevó un primer sorbo de sopa a los labios. Sin embargo, algo raro le pasaba aquel día a la comida. Había algo en su sabor que le hizo arrugar la nariz con un deje de repugnancia. Mientras tanto su madre lo observaba, satisfecha, con los brazos en jarras.

—Está sosa, ¿verdad? —le preguntó con evidente sarcasmo. Órzum no fue capaz de ocultar la verdad. Aquella sopa sabía insípida como nunca. Era como si su madre hubiese calentado un poco de agua del río y la hubiese servido sin más. Pues claro: Cáer no había podido aderezarla porque él no había comprado ni la sal ni las especias con las que solían cocinar. Y si de por sí sus platos no eran más que los de unos campesinos poco acomodados, si no disponían de nada con que engañar los sabores éstos resultaban verdaderamente difíciles de comer. De pronto, la viuda Gordolobo se acercó a la mesa con la horquilla en la mano y con aire vengativo la depositó con brusquedad allí, junto al plato de Órzum.

—Prueba a pegarle un mordisco —le indicó—, a ver si te sabe mejor que la sal.

Entonces la mujer se giró, orgullosa, y se marchó a su habitación irguiendo la barbilla, sin siquiera haber probado bocado. Y Órzum se terminó aquella sopa insulsa mientras observaba una y otra vez la horquilla de nácar, no sin lamentarse por no haber comprado la sal. Ahora ya era tarde y, además, tenía demasiada hambre como para quejarse por la comida.

Pasaron un par de horas. Su madre no había vuelto a salir de su alcoba y él tan sólo esperaba junto al fuego el momento de marcharse, en compañía de sus perros, quienes dormían apaciblemente. La fiesta de Ankara comenzaría un poco antes del atardecer, cerca del arroyo pequeño.

Órzum se levantó. No tenía más que dos camisas que habían pertenecido a su padre. Una era verde y la otra era azul. Eligió la segunda porque estaba algo más limpia que la primera. Luego se colgó el zurrón y, con mucho cuidado, procuró meter en él la horquilla, delicadamente envuelta en terciopelo, tal y como se la había entregado el mercader. Dijo *adiós*. Lo dijo sin muchas ganas, liberando la palabra al aire y esperando que los oídos de su enfadada madre la cazasen al vuelo. Aunque a decir verdad, ni siquiera se molestó en comprobar que así había sido. Él también estaba enfadado, pero lo peor de todo era que se sentía muy culpable. Creía que su madre estaría orgullosa de él, de que fuera un galán, de que tuviese las agallas de cortejar a la chica más deseada de la aldea. “¿A quién quiero engañar?”, pensó sin embargo. Al fin y al cabo, había mentido como un bellaco y había actuado como un inmaduro, como un irresponsable. Pero ya no podía solucionarlo. Sólo le quedaba la esperanza de que Ankara valorase su ridícula proeza y le diese una oportunidad.

Un poco más tarde, junto al arroyo pequeño que bañaba las praderas del Este de Zarzos, todos los jóvenes celebraban que Ankara Fresno cumplía dieciséis eras de edad. Bueno, todos excepto la hija de los Sauquillos, a la que nadie nunca invitaba a sus fiestas.

Ankara estaba radiante. Su madre le había cosido un pomposo vestido para la ocasión que combinaba con el color de sus ojos, azul como el de los zafiros. Se había trenzado el cabello con cintas del mismo tono que realzaban el negro azabache de su larga y lacia melena. A decir verdad, todos los

muchachos estaban de acuerdo en que se trataba de la chica más bella de Zarzos, y por ese motivo, un auténtico despliegue de regalos de todo tipo se hallaba ante sus pies. Regalos entre los cuales Órzum reconoció el queso de oveja de Gurkh, un frasco de miel de las colmenas de Gorrión Yolco y un par de longanizas de la granja de Azalea Turm. Visto así, a la horquilla de nácar no le costaría tanto competir por la atención de la anfitriona.

–Hola, Órzum –lo saludó ésta, escrutando el zurrón del joven con la mirada, a la espera de descubrir qué presente le habría traído.

–Feliz memoria, Ankara –le respondió aquél, pues así era como solía hacerse cuando alguien cumplía una era más de edad.

Órzum se quedó paralizado al verla tan de cerca, tan hermosa... Sin embargo, Ankara se impacientaba, observándolo con una sonrisa déspota. Quería su regalo, y lo quería ya.

–Te he traído algo, Ankara –continuó él saliendo de su ensimismamiento. Algo más conforme, la muchacha esperó mientras éste rebuscaba en su zurrón. Sólo un instante después Órzum le ofrecía el obsequio que tan gran disgusto había provocado entre él y su madre durante la hora de la comida, y Ankara, con un brillo curioso en sus azules y penetrantes ojos, retiró el trozo de terciopelo y descubrió con asombro la horquilla de nácar.

–¿Qué... qué te parece? –tartamudeó el joven mientras la muchacha revisaba la horquilla por todas las partes visibles. Finalmente, y tras analizarla con atención, deliberó:

–Viniendo de ti, he de decir que esperaba mucho menos, Gordolobo. En fin, la dejaré junto a los demás regalos. ¿Quieres un poco de jabalí asado? Lo cazó Roblenorme esta mañana.

–Gracias, Ankara. Tomaré un poco: estoy hambriento.

Pero eso no era lo que Órzum quería decir. En realidad quería decir: “¿Por qué no te la pones? ¿Es que no te gusta?”. Sin embargo, no tuvo valor. Así que se calló, y luego se dirigió a donde estaba la comida mientras se le partía el corazón en pedazos porque Ankara había dejado la horquilla junto al resto de cosas, sin prestarle ninguna atención especial, sin probársela una sola vez. Bastaba que alguien en un despiste la pisara para romperla, o que oscureciese para que aquella delicadeza se perdiese entre los brezos y no la encontraran nunca más. Y en esos momentos en los que Órzum ya se estaba

lamentando por haberse gastado todo el dinero de las últimas semanas de trabajo de su familia haciendo el idiota, la mano amiga de Gurkh le dio una palmada en la espalda.

—¿Has probado el jabalí asado? —le dijo, con los labios llenos de grasa—. Toma una rebanada de pan y coge un buen trozo, antes de que se termine.

Gurkh se limpió la boca con la manga y se retiró a un lado para tocar la flauta, pues como decía su padre, todo buen pastor tenía que incluir entre sus talentos el de saber cantar o tocar algún instrumento. De hecho, a Gurkh se le daban bien ambas cosas, tanto que Azalea Turm y otras dos muchachas lo rodeaban, embelesadas con su música.

Entonces Órzum fue a servirse la cena. Junto a la bandeja donde habían colocado la carne se hallaba sentado Ursus Roblenorme, quien, como su propio apellido indicaba, era con diferencia el chico más corpulento y fuerte de todos. Era rubio, lampiño y llevaba dos trenzas gruesas que le proporcionaban cierta imagen de bárbaro.

—Increíble pieza de caza —lo felicitó Órzum para entablar conversación. Roblenorme, sin embargo, se giró con poco entusiasmo para responderle:

—Los he cazado más grandes otras veces. Pero me alegra que te guste, Gordolobo.

Aquél no dijo más, y Órzum se quedó con cara de tonto mientras daba el primer mordisco a la carne de jabalí que, en comparación con la sopa desaliñada que se había tomado en casa, sabía a manjar de los dioses. Luego Roblenorme, que no había vuelto a dirigirle la palabra, se levantó animado por Ankara, que quería bailar con él.

La flauta de Gurkh sonaba alegremente, y otros dos muchachos se unieron a él con un pandero y un laúd. Ankara ondeaba la vaporosa falda de su vestido azul con cada movimiento que daba al danzar, y Roblenorme la levantaba sin esfuerzo, cogiéndola por la cintura con sus toscas manazas. Entre tanto, Órzum se terminaba la cena aceptando al fin que la muchacha ya había hecho su elección. Sin embargo, y por si pensaba que la suerte estaba echada, un invitado inesperado llegó en ese momento a la fiesta, terminando con las escasas posibilidades que le quedaban ya de ganarse el frío corazón de Ankara.

—¡Sigref! —gritó la anfitriona, saltando de alegría—. ¡Sigref! ¡Creía que no ibas a llegar a tiempo!

Ankara se separó bruscamente de Roblenorme, quien miraba de muy mala manera al recién llegado. Sigref de los Peñascos, que así se llamaba, no era tan robusto como él, aunque poseía un porte seductor capaz de encandilar a cualquiera gracias a sus ojos negros y a los perfectos dientes que brillaban en medio de su esplendorosa sonrisa. Éste, cuando estuvo frente a Ankara, se arrodilló con galantería y le cogió la mano para besársela.

—Tu piel, cada día que pasa, es más fina y suave, Ankara —recitó, como si lo hubiera ensayado muchas veces. Órzum sintió ganas de reírse de tanta pedantería, pero prefirió seguir siendo uno de los espectadores de aquella extraña escena. Sabía que, tarde o temprano, Roblenorme y Sigref se pelearían por la mano de Ankara y, por qué no, puede que ocurriese aquella misma tarde, dadas las circunstancias.

—Pensaba que todavía te encontrabas en la ciudad, Sigref —le dijo la muchacha endulzando la voz, consciente de que a Roblenorme le molestaría aún más así.

—He estado en la ciudad casi tres semanas —se explicó Sigref—, he conocido lugares asombrosos, hasta he visto la luna.

Esta última palabra provocó una inmensa expectación. Incluso Gurkh y sus compañeros dejaron de tocar sus instrumentos porque querían seguir oyendo. Sigref acababa de convertirse en el único de todos que había visto la luna. Claro, pues ninguno de ellos la recordaba después de la maldición que cayó sobre la región, cuando eran sólo unos niños. De hecho, Órzum se acordó con una sensación desagradable de que el mismo día en que la luna dejó de verse en el cielo nocturno de Zarzos fue el mismo día en que su padre murió.

—¡Cuéntamelo, Sigref! —insistía Ankara—. Cuéntame, ¿cómo es la luna? ¿Es tan hermosa como dicen?

Y Sigref suspiró con sonoridad, a punto de hacer otra intervención poética.

—Es más hermosa de lo que dicen, si cabe. Aunque no más hermosa que tú, Ankara. Por eso me ha costado mucho conseguir un regalo que igualara tu belleza. Pero sólo tú puedes decirme si lo he logrado.

A continuación, y ante las caras expectantes de todos, Sigref extrajo de su bolsillo un objeto plateado. Se trataba de un reluciente collar de plata con

filigranas finamente talladas por algún maestro orfebre. Ankara no cabía en sí de asombro, y tal vez todas las muchachas la envidiaron en aquel momento.

—Sigref —comenzó—, esto es demasiado... Aunque, si tú lo deseas, yo lo aceptaré.

Ankara, haciendo alarde una vez más de su engrimiento a través de su falsa modestia, se abrochó el collar y después regaló un beso en la mejilla a Sigref, a quien condujo hasta las viandas para que se sirviera un poco de jabalí. Pero no le explicó que lo había cazado Roblenorme, quien los miraba cruzado de brazos, con cara de muy pocos amigos. Así pues, Órzum comprendió a quién había escogido definitivamente la muchacha. Su estúpida horquilla de nácar ya nada tenía que hacer al lado de un collar de plata de semejante valor.

Pasados algunos momentos, Gurkh retomó la flauta y el resto de músicos lo acompañó. Todos bailaban y cantaban de nuevo a pesar del enfado de Roblenorme, quien continuaba sentado al lado de Órzum, comiendo jabalí, mientras Ankara coqueteaba con Sigref.

Órzum había intentado darle conversación en un par de ocasiones, aunque la elocuencia no era la mejor virtud de Roblenorme. Así pues, desistió y se partió un trozo de pastel de cerezas que la madre de Ankara había horneado para la fiesta de su hija. Repitió tres veces y, después, empezó a aburrirse de verdad. Lo único divertido que le quedaba por hacer era charlar con Gurkh, pero éste se había apartado un poco con Azalea Turm, que era pelirroja y un poco rolliza. Ambos, bastante acaramelados, se habían permitido la libertad de coger el queso y las longanizas que habían regalado a Ankara y, sin que ésta se diera cuenta, Gurkh había cortado varios trozos con su bien afilada navaja de pastor. Así que Órzum, que prefería no interrumpirles, cogió un cuarto trozo de pastel cuando, de pronto, creyó ver una silueta que se adentraba en el bosque con disimulo.

Era un encapuchado, vestido de mala manera con una capa desgastada de color gris. Órzum pensó que parecía un jorobado. ¿Y si se trataba de Ríanon Sauquillo? Pues, claro: Ankara no la había invitado a su fiesta. Por otro lado, se sintió avergonzado. La hija de los Sauquillos debió de sentirse fatal al verlos a todos disfrutando de aquel encuentro, pues ella no tenía amigos. Órzum sintió lástima, incluso creyó que, de haber estado más cerca y fuera de la vista de los demás, quizás hasta habría ido a saludarla y a

ofrecerle un postre. Pero le daba vergüenza. Si hacía migas con Ríanon, Ankara se reiría de él, y no sólo eso: conseguiría que todos los demás también lo hicieran.

Perdido en estas reflexiones, cuando volvió a mirar a lo lejos Ríanon Sauquillo ya no estaba. Mas, ¿qué haría ella sola, alejándose, con lo tarde que se estaba haciendo ya? De hecho, era tan tarde que en la aldea comenzaron a tañer los *bodbranes* del crepúsculo, algo que ocurría todos los días cuando el sol comenzaba a esconderse. Los *bodbranes* del crepúsculo se utilizaban desde el día de la maldición para avisar a todos los habitantes de Zarzos de que la noche estaba a punto de llegar y de que, poco después, las ramas de los árboles crecerían hasta impedir que cualquier rayo de luz penetrara en los bosques. Cualquiera que los oyese sabía que era mejor regresar a su casa.

—¡Vámonos! —ordenó Ankara, indicando así que la fiesta había terminado.

Todos se apresuraron a recoger los restos de la cena mientras ella les daba las gracias por haber asistido, subida a una roca. Poco después, sonaba el segundo de los tres toques que advertía que la noche estaba cerca. Las ramas de los inmensos chopos comenzaron a crujiar, a punto de sufrir su habitual transformación, aunque por suerte ya estaba casi todo recogido.

—¡Los regalos! —advirtió Ankara que, entusiasmada con su collar de plata, ya casi se había olvidado de lo demás—. ¿Puedes ocuparte, Roblenorme?

Roblenorme, a pesar de sentirse despechado por la joven, se deshizo en gestos de amabilidad en cuanto ella le pidió ayuda. Así que, sin rechistar, se dirigió hasta donde estaban todos los presentes de Ankara, y uno a uno los fue poniendo en una carretilla que habían llevado hasta allí. Sólo faltaban el queso y la longaniza que Gurkh y Azalea se habían comido.

Cuando el robusto joven empujó la carretilla para deshacer el camino a Zarzos, un pequeño objeto brillante se cayó sobre los helechos del lugar. Pero Ankara, que lo vio, ni siquiera se tomó la molestia de recogerlo. Y Órzum, que se había dado cuenta de que se trataba de la horquilla de nácar, notó que aquella tarde el corazón se le iba a partir por segunda vez. Sin embargo prefirió no decir nada, y sólo cuando Ankara se hallaba lo suficientemente lejos recuperó la horquilla y se la guardó, sin que nadie se percatara, prometiéndose a sí mismo que no volvería a cometer otra estupidez igual en su vida.



Cabizbajo, siguió en último lugar a los demás, de vuelta a la aldea. El sol se había ocultado casi por completo cuando llegaron a la plaza, y las nubes se habían teñido de un curioso color morado cuando el tercer toque de los *bodbranes* del crepúsculo sonó, contundente. Acto seguido, las ramas de los árboles terminaron de formar un perfecto y hermético techo, sumiendo a la aldea en la más profunda oscuridad. Tan sólo las antorchas prendidas en las fachadas de las casas y las lámparas de aceite que los vecinos dejaban a los pies de sus puertas iluminaban en aquel momento a los jóvenes, que se disponían a despedirse los unos de los otros.

—¡Por los dioses! —gritó Ankara—. ¡Mi collar!

La muchacha, desesperada, se palpaba el cuello con la mano temblorosa.

—¡Mi collar! ¡Se ha perdido en el bosque! ¡Ojalá alguien pudiera encontrarlo!

Así pues, y víctimas del efecto que provocaban en ellos sus palabras, Roblenorme y Sigref se hicieron cada uno con una lamparilla y se dispusieron a correr en dirección al arroyo pequeño, el sitio en donde se había celebrado la fiesta. Sin embargo, había alguien más dispuesto a seguirles.

—¿A dónde vas, Órzum? —le dijo Gurkh, cogiéndolo por el brazo para impedir que saliera corriendo—. ¿Estás loco? En el bosque no se ve nada por la noche. Es muy peligroso.

—Iré a buscarle a Ankara su collar. Quiero demostrarle que tengo valor.

—¡Oh, vamos, Órzum! ¿Crees que a ella le va a importar? Deja que esos dos zoquetes se peleen entre sí.

Gurkh tenía razón. Ankara era tan frívola y egoísta que no lo iba a querer más por jugarse la vida en el bosque de noche para llevarle aquel collar de plata. En cambio, Órzum creyó que era su última oportunidad para demostrar su sagacidad ante aquella muchacha que, a pesar de sus desprecios, era capaz de robarle el aliento tan sólo con una de sus esquivas miradas.

—¡Órzum, vuelve! —exclamó Gurkh. Pero, para entonces, Órzum ya se había perdido en la lejanía.

## El secreto de Ríanon Sauquillo

Órzum llevaba ya una hora perdido por el bosque. Se le había roto la lamparilla de aceite y desde entonces, bajo la oscuridad absoluta, no había hecho más que alejarse de la aldea. Ahora se encontraba totalmente desorientado. No escuchaba las voces de Sigref y Roblenorme, y tampoco divisaba a lo lejos el resplandor de sus linternas. Sólo había alimañas por los alrededores, estaba seguro, y el ulular de las lechuzas no era demasiado alentador. En ese momento, se tropezó con la raíz de un fresno y se cayó de bruces sobre un charco de lodo.

—¡Maldición! —gritó—. ¿Hay algo más que pueda pasarme?

La única respuesta a su desesperada pregunta fue el sonido de las criaturas nocturnas. Lo cierto era que comenzaba a tener miedo mientras se limpiaba la cara muy deprisa con la manga de su camisa. O, mejor dicho, la camisa de su padre. Otro motivo más por el que Cáer montaría en cólera cuando lo viera aparecer por casa. Eso, si no se lo comía alguna fiera antes del amanecer.

El aire de la noche olía a las mil maravillas durante el invierno tenue, sin embargo se estaba volviendo incómodo y frío. Pensando que regresaría a la aldea antes del anochecer, ni siquiera se había llevado una capa con la que abrigarse. Y ahora quizás tendría que dormir a la intemperie. La única esperanza que le quedaba de salir de allí era esperar a que se hiciera de día y que alguien fuera a buscarlo. Quizás lo harían Gurkh y Gorrión Yolco. Después se convertiría en el hazmerreír de todos los demás y, definitivamente, perdería cualquier posibilidad de que Ankara Fresno se fijase en él.

—¡Maldición! —repitió—. Dio varias patadas a la raíz que le había hecho caerse, luego un par de puñetazos y, al final, arrepentido por haber golpeado a un ser tan noble como un árbol, tan sólo se agazapó junto a su tronco y

liberó, a regañadientes, dos frías lágrimas de rabia y vergüenza, sabiendo que al menos le quedaba el consuelo de que allí nadie le vería llorar.

Se sentía como un auténtico fracasado, incapaz de sobrevivir en el bosque más cercano a la aldea. Incapaz de defenderse. Incapaz de encontrar el camino de vuelta a casa. Incapaz de cazar un jabalí. Ojalá su padre hubiera vivido el tiempo necesario como para enseñarle a hacer ésas y tantas otras cosas. Sin embargo, sólo le quedaba lamentarse por ello.

Se encogió todavía más para que su cuerpo no perdiera calor, pues había empezado a tiritar. Decidió acurrucarse entre aquellas generosas raíces cuando, de pronto, se le clavó algo en las costillas. Era la horquilla de nácar. La maldita horquilla de nácar que Ankara había despreciado con tanta frialdad. Muy a su pesar, su madre no se había equivocado con aquella muchacha: sólo era una niña caprichosa.

Se sacó la horquilla del bolsillo, dispuesto a lanzarla muy lejos de él en un arrebató de ira cuando, inesperadamente, ésta brilló como un fogonazo en la oscuridad. Pero, ¿cómo era posible? ¿Acaso Zorro el Mercader le había vendido un artículo mágico sin saberlo? De repente, se dio cuenta de que aquella luz no la emanaba la horquilla de nácar, sino que procedía de algún otro lugar.

Se levantó corriendo y se giró, buscando con los ojos el foco de luz. Cualquiera habría distinguido en la oscuridad el candor anaranjado de una hoguera reconfortante. En cambio, aquella luz era candorosa y blanquecina, casi plateada. Y aunque no lo sabía con certeza, así era como su madre y su abuelo habían descrito siempre el claro de luna en las historias que le contaban cuando era pequeño. ¿Sería posible, pues, que la luna brillase para él aquella noche?

Un latigazo de emoción lo recorrió, y todos los sentimientos de derrota que lo habían abatido durante los últimos momentos se disiparon como la bruma en un día de sol. Se guardó la horquilla de nuevo en el bolsillo de su camisa y echó a correr hacia la luz, creyéndose inmensamente afortunado porque, de entre todos los habitantes de Zarzos a excepción del tonto de Sigref, estaba a punto de convertirse en el primero que vería por primera vez la luna tras diez eras desde que la maldición fue arrojada.

La claridad alumbraba a malas penas su camino, pero era mucho mejor así que seguir a oscuras. Atajó entre las retamas, se chocó con dos enebros y

se pinchó con una zarza. La luz quedaba cada vez más cerca de él, brillaba como un diamante entre las tinieblas y se reflejaba en la superficie del arroyo como si éste fuera su espejo. Ya casi había llegado. No le quedaban dudas: debía de haber alguna abertura entre las copas de los chopos, un agujero, un descuido del viejo brujo Murcaelus.

Sin embargo, no era la luna la que se miraba en el agua. De hecho, las copas de los árboles continuaban entretejiendo aquel techo opaco que no permitía pasar ni un ápice de luz, y Órzum estaba seguro de que sus ramas no habían cedido ni un par de dedos. Sorprendentemente, la causante de todo aquello era una joven. Una joven que relucía como una perla mientras observaba su propio reflejo sobre la superficie del río. Dos majestuosas alas de libélula crecían de su espalda, y su cabello, plateado y luminoso, caía derramado sobre su busto, formando elegantes ondas hasta la altura de su cadera.

Sólo entonces Órzum comprendió cuánto se había alejado de la aldea, pues era sabido en todo Zarzos que las hadas no se aproximaban nunca a la región. Y aquella, sin duda, era un hada. Un hada de ensueño, como las que salían en las canciones del juglar. Un hada de ojos negros y chispeantes que se peinaba en silencio, sin dejar de brillar un solo instante. Un hada que, con suerte, le ayudaría a encontrar el camino de vuelta a casa o, como poco, deleitaría su mirada durante un rato más.

El joven Gordolobo nunca había visto nada igual. Había perdido la cuenta de los minutos que llevaba sin moverse, con la boca entreabierta, idolatrando a aquella diosa feérica arrodillada en la orilla del arroyo cuando, inesperadamente, ella lo descubrió:

—¡Gordolobo! —se asustó—. ¿Qué haces tú aquí?

En seguida, el hada batió sus alas, se subió a la rama de un sauce cercano y el candor plateado que desprendía perdió intensidad. Órzum en cambio, desconcertado por completo, trataba de encontrar una explicación al hecho de que ella conociese su apellido, pues habría jurado que era la primera vez que la veía. Pero después, cuando se fijó un poco más, perdió el aliento.

—¿Ríanon? —preguntó, sin saber en sí de asombro—. ¿Ríanon Sauquillo? ¿Eres tú?

Ríanon buscaba desesperada su capa para cubrirse las alas, pero se la había dejado junto a la orilla. En cualquier caso, ya era tarde, pues él había

descubierto su secreto por un maldito descuido. No había nada que hacer: había desperdiciado diez eras de silencio.

–Si vas a reírte de mí como los demás, márchate –respondió ella, indignada. Pero Órzum continuaba embozado, contemplándola. Entonces, Ríanon aleteó de nuevo y toda la luz que desprendía se extinguió, dejando que un telón de oscuridad impenetrable volviese a cubrirlo todo.

–¡Ríanon! ¡Por favor! ¡No veo nada!

Mas la hija de los Sauquillos no se inmutó. Continuaba sentada sobre la rama de aquel sauce, cruzada de brazos y rebosante de resentimiento, por todas las veces que los muchachos de la aldea se habían burlado de ella. No. No pensaba iluminar a Órzum. Ni siquiera le respondería.

–Ríanon, escúchame. Me he perdido, y no puedo volver a la aldea a menos que me ilumines el camino.

A pesar de sus ruegos, Ríanon continuaba callada, férrea como una roca, imparable ante la angustia de Órzum. Así que, pasados unos momentos, el chico desistió. Se quedó sentado en el suelo y se resignó a esperar al amanecer.

–No sabía que fueras un hada, Ríanon. ¿Por eso siempre te has escondido de los demás? ¿De qué tienes miedo?

–Tú no lo entiendes. Eres un simple humano. Como todos los de tu aldea. Yo no me escondo por miedo.

–Entonces, ¿por qué lo haces?

Ríanon tampoco le contestó esa vez. No podía hacerlo, pues a decir verdad, ya bastante lo había estropeado todo al permitir que él la descubriese tal y como era, con las alas abiertas. Las alas de su libertad.

–Perdóname por las veces que me burlé de ti con los otros –le pidió finalmente Órzum–. Me he comportado como un idiota en muchas ocasiones.

Se arrepentía de verdad. En realidad, Órzum nunca había insultado a la hija de los Sauquillos. No era propio de él. Eso solían hacerlo Ankara o Sigref, a quienes desde luego no les faltaba la crueldad necesaria. Sin embargo, no pocas veces les había reído la gracia, siendo así partícipe de sus burlas.

El rostro de Ríanon, en cambio, comenzó a iluminarse con un matiz tenue, como si su propia timidez se hubiera transmitido a su halo de luz.

Tenía la piel pálida, limpia de pecas o manchas. Parecía muy suave. Pero aún mostraba el ceño fruncido, pues no confiaba en Órzum.

–Ankara y los demás se burlarán de ti cuando sepan que te has perdido, ¿verdad?

Órzum, luchando otra vez por salir del embelesamiento que le provocaba mirarla, titubeó.

–Eh... Así es. Ya lo han hecho otras veces. Bueno, excepto Gurkh Abedul. Él es mi amigo de verdad. Una vez se pegó con Roblenorme porque éste me lanzó una boñiga a la cara.

–¿Gurkh? –se asombró ella–. ¿Con Roblenorme? Pobrecillo. Cómo debió dejarle...

–Sí –corroboró el joven–, el diente que le falta lo perdió en esa pelea. Gurkh es casi tres cabezas más pequeño que Roblenorme, pero tiene unas agallas como nadie. Es un buen amigo.

–Suerte tú, que tienes amigos.

Un silencio incómodo les hizo callar, salpicado tan sólo por los murmullos de los animales salvajes y el rumor del agua del arroyo al fluir. Órzum supuso que aquél debía de ser un tema doloroso para Ríanon, sólo que ésta se esforzaba muy bien en disimularlo. Su luz plateada continuaba iluminándole el rostro, pero no más. Lo suficiente como para que él no pudiese dejar de observarla.

–Te acompañaré a la aldea, si quieres –le ofreció la muchacha con un tono de voz parco, algo forzado tal vez.

Ríanon se bajó del sauce, planeando de un modo armonioso. Una vez en tierra, se agachó para coger su vieja capa y echársela sobre los hombros.

–¿Por qué escondes tus alas? Son fascinantes.

–¿Te crees que para un hada eso es importante? –respondió ella, mordaz.

No era de extrañar que alguien como Ríanon, que durante toda la vida había sido ignorada y menospreciada, tuviera el carácter agrio. Sin embargo, Órzum no la juzgó por ello. Después, la joven se dio cuenta de que había resultado demasiado brusca y trató de retractarse.

–Necesito que me guardes el secreto –le pidió, más amable–. No te imaginas lo importante que es que nadie sepa que soy un hada, ni que desprendo luz, como tú mismo has podido apreciar.

–Pero, ¿por qué es tan importante? –inquirió aquél, aun intuyendo que no obtendría respuesta. Ríanon se quedó callada. Suspiró. Abrió la boca, pero luego la cerró sin haber dicho nada. Finalmente, negó con la cabeza.

–Por el bien de Zarzos, Gordolobo. No se lo digas a nadie.

Y Órzum no necesitó más explicaciones para asentir. Así sería.

Ríanon se colocó la capa por encima de las alas de libélula. De nuevo, la ropa sobre su esbelto cuerpo volvía a darle aquella imagen jorobada y maltrecha, mas ahora Órzum conocía la verdad, y sabía que la hija de los Sauquillos era bonita. Aquélla era la palabra: bonita. No era tan hermosa como Ankara Fresno. Ninguna muchacha de Zarzos lo era, siendo sinceros. Sin embargo, en el rostro de Ríanon existía algo que provocaba que él no pudiese dejar de admirarla. Así pues, descubrió que sus ojos negros albergaban sabiduría, una sabiduría inmensa, antigua. Algo que Ankara quizás no lograría nunca, aun que viviese más de cien eras.

–Te olvidas de las manzanas, Ríanon –advirtió de pronto Órzum al descubrir junto al tronco de un sauce un cesto lleno de fruta.

–Oh, no se me olvidan –se excusó ella, intentando no tener que darle explicaciones. Pero aquella respuesta tan sólo enrareció más el ambiente. El chico la miraba, estupefacto, aguardando alguna razón coherente cuando el hada resolvió–: Déjalas ahí, por favor. Son... Para los animales.

Órzum todavía abrió más los ojos, sin que su asombro dejara de crecer.

–¿Vienes por las noches a traer comida a los animales?

Ríanon titubeó.

–Hay una cierva coja que vive por aquí cerca. Todavía tiene que cuidar a sus cervatillos. En realidad, siempre hay alguna criatura que necesita un poco de ayuda. En fin. Las hadas hacemos eso. Al menos, las que viven en los bosques lo hacen. Y yo también siento esa extraña necesidad de cuidar de la naturaleza.

Ríanon agachó la cabeza y se ciñó la capucha sobre el cabello, asegurándose bien de ocultar sus largas orejas feéricas. No deseaba que nadie, ni siquiera Órzum, alabara sus acciones. Acciones que para ella eran propias de su raza. Pero era demasiado tarde para evitar lo inevitable: y es que el joven se había quedado prendado de ella. Había tanta generosidad en Ríanon, tanta compasión...

—¿Nos vamos? —le dijo el hada, ahora devuelta a su cotidiano aspecto humano. Órzum seguía inmerso en sus ojos relucientes y sabios. Tartamudeó y se sintió ridículo hasta que logró articular palabras con sentido. Se había puesto muy nervioso al tenerla tan cerca.

—Claro —se limitó a decir.

Y ella echó a andar en dirección a la aldea, muy seria, mientras el joven la seguía, todavía atolondrado.

El rostro de Ríanon continuaba desprendiendo un brillo blanquecino similar al del claro de luna. Era lo bastante luminoso como para vislumbrar el camino en la oscuridad, y lo bastante discreto como para pasar desapercibido pues, desde la lejanía, cualquiera creería que llevaban una linterna en la mano. Órzum esa noche había sido testigo de cómo la hija de los Sauquillos podía brillar hasta diez veces más, como si la propia luna se hubiese bajado del cielo, y le intrigaban enormemente los poderes mágicos que ésta poseería, puesto que era un hada.

—Tengo una manzana —sugirió, muy comedido—, ¿tienes hambre?

Pero Ríanon parecía demasiado preocupada como para comer.

—No, gracias.

—¿No coméis, las hadas?

Ella lo observó, arqueando una ceja, perpleja por su pregunta.

—No tengo hambre. Eso es todo.

Órzum, consciente de que al menos había intentado ser simpático, rebusco en su bolsillo la manzana, aunque sus dedos sólo toparon con la molesta horquilla de nácar. Quizás había perdido la manzana durante la caminata a oscuras por el bosque, y por desgracia, la imagen de su madre advirtiéndole con un dedo levantado regresó a su cabeza cuando aceptó, por segunda vez, que esa maldita horquilla no le quitaría el hambre. Tal vez era mejor así. Si tenía la boca vacía podría seguir conversando con Ríanon.

—¿Todas las noches vienes al bosque tú sola?

La muchacha se giró a observarlo y después volvió a mirar al frente.

—Si no lo hiciera, ¿qué me quedaría? —se explicó, lánguida—. Durante el día tan sólo soy la rara de Zarzos, la jorobada, la huraña hija de los Sauquillos. Pero por las noches, cuando todos dormís, el bosque se convierte en un paraíso solitario para mí. Cuando me encuentro entre los árboles y los animales salvajes no tengo que ocultarme de nadie. Puedo abrir mis alas,



batirlas en libertad, incluso volar si me apetece. Sólo vuelvo a mi mediocridad cuando las escondo debajo de estos harapos humanos. Entonces vuelvo a ser abominable para la mayoría de vosotros, Órzum.

—*Abominable* es una palabra demasiado dolorosa, ¿no te parece? Para mí nunca has sido abominable. Admito que sí me has parecido rara, pero nada más.

En esos momentos, Órzum fue consciente de su metedura de pata. Aunque a Ríanon no pareció importarle. Estaba acostumbrada a que la llamaran de maneras mucho peores.

—Perdóname, Ríanon. No era mi intención...

—No te preocupes. Sé que dices la verdad. Tu corazón está limpio, Órzum. Las hadas podemos percibir ese tipo de cosas.

Órzum dedujo que debía de sentirse halagado. Lo cierto es que nunca había destacado por nada. No era muy fuerte, ni muy gracioso, ni muy guapo, ni muy valiente. Tampoco sabía cantar, ni tocar la flauta, y tampoco era demasiado elocuente: tan sólo sabía hablar con las plantas. Sin embargo, Ríanon creía que su corazón estaba limpio.

—Dime otra cosa —prosiguió, algo más confiado—, ¿de dónde eres? Está claro que no hay más hadas en la aldea.

—Lo que dices es cierto. Pero no puedo contarte nada más. Hoy ya has averiguado demasiado sobre mí, Órzum. Y me has prometido guardar el secreto.

Órzum se encogió de hombros. Le picaba la curiosidad por descubrir de qué modo habría llegado a la aldea alguien como Ríanon. En cambio, suponía que ésta no iba a contárselo.

—Allí está la aldea —le informó ella, dando a entender que el camino se había terminado—. Las luces que aún fulguran en las chimeneas de las chozas se ven desde aquí. Ellas serán tu guía. Ya no me necesitas, ¿verdad?

Pero sí la necesitaba. Gracias a las luces del poblado podría regresar solo a su choza, por supuesto. Sin embargo, la necesitaba, pues nunca antes la había tenido a su lado, y nunca antes habían hablado el uno con el otro, así que nunca antes había podido darse cuenta de que deseaba permanecer más tiempo con ella y volver a mirar sus ojos negros y brillantes.

—¿Volveremos a encontrarnos, Ríanon? —le propuso, no muy seguro de si aquello era lo correcto. Ella, desde luego, habría esperado cualquier otra

pregunta. La hermosa luz blanca que sabía irradiar prácticamente había desaparecido de su rostro. Sin embargo, Órzum pudo percatarse de que las mejillas se le acababan de enrojecer.

Ríanon respiró muy hondo mientras el joven aguardaba su respuesta, contemplando su graciosa nariz afilada y pequeña, de hada. La joven se mostraba muy contrariada. A pesar de la confianza que Órzum le inspiraba, no debía faltar a sus responsabilidades, y en aquellos momentos se había vuelto todo un poco más difícil porque éste no le quitaba de encima sus cálidos ojos del color de la miel. A decir verdad, nunca nadie la había mirado de aquella manera. Entonces, resolvió:

–Sigue la luz en los bosques, Gordolobo, cuando se haga de noche. Allí estaré yo.

–Gracias –se limitó a responder él. Aunque en realidad no quería decir aquello. En realidad quería decirle: “Poder conocerte por fin es lo mejor que me ha pasado hoy”. Pero sólo fue capaz de decir:

–Ha sido divertido.

Luego se separaron, cruzando una mueca cómplice, como si llevaran haciéndolo desde hacía mucho tiempo. Y cada uno se dirigió a su casa, con una ilusión renovada en el gesto, y con el corazón un poco más acelerado que los pasados días, en los que todavía no se conocían.

## Amigos

—Ayer volviste muy tarde —le dijo Cáer a Órzum, que se acababa de levantar y estaba avivando las llamas del hogar con un par de leños de pino. El fresco olor de la resina quemada invadió la choza, generando en ellos una placentera sensación de limpieza, y poco a poco la estancia principal, aquella en que madre e hijo casi hacían la vida, comenzó a calentarse.

—Estuvimos en el granero de los Turm hasta muy tarde —explicó Órzum, soñoliento—. Cuando oscureció, todos fuimos a refugiarnos allí.

Su madre asintió con la cabeza mientras escrutaba con atención la camisa manchada de barro que su hijo todavía no se había quitado desde la noche anterior, no tan preocupada por lo difícil que sería limpiar aquellas manchas sino por saber en qué circunstancias se habría manchado Órzum de aquel modo. Parecía como si un gigante lo hubiera cogido por ambas piernas y lo hubiera restregado por una ciénaga.

Sin hacer todavía ninguna apreciación, Cáer, como todas las mañanas, vertió la leche recién ordeñada en una cazuela para calentarla. Sólo poseían una vaca, llamada *Amapola*, pero se bastaban con lo poco que les daban sus cada vez más viejas ubres. Después, Órzum partió una rebanada de pan negro para su madre y otra para él. Todavía les quedaba un poco de miel para untarla en ellas. Afortunadamente, el huerto de los Gordolobo era tan próspero que siempre cosechaban de más, lo que les permitía hacer buenos trueques con el resto de aldeanos de Zarzos. Y todo el mundo decía que era gracias a Órzum, pues desde que el muchacho nació, aquel trocito de tierra había fructificado más que diez huertos juntos.

—Toma, madre —dijo de pronto, rebuscando en su bolsillo. Acto seguido, extrajo la horquilla nacarada y la depositó sobre la superficie de la mesa, junto a los pocillos del desayuno. La viuda, con los ojos como platos, la cogió con los dedos y después observó a su hijo, aguardando alguna explicación.

—¿Es que no se la regalaste a Ankara?

–Sí lo hice. Pero no le gustó. Tenías razón: es una niña desagradecida y pretenciosa.

Órzum continuó atento a su taza de leche y a su pedazo de pan, más correoso y reseco que el día anterior. Sin embargo, Cáer había dejado de masticar. Lo último que habría esperado era que su hijo le diera la razón.

–Cuando vuelva el mercader intentaré trocársela –argumentó Órzum, con naturalidad–. Aunque salgamos perdiendo un poco, siempre será mejor comprar algo menos de sal que tener una horquilla inservible, ¿no crees?

–Hijo mío –susurró ella, emocionada. Después, intentó recobrar la entereza–. ¿Por qué no te la quedas? Al fin y al cabo, el dinero que ganamos también es gracias a tu esfuerzo, y casi nunca te compras nada. Guárdatela, Órzum. Tal vez algún día quieras regalársela a alguna chica que merezca la pena.

Cáer le devolvió la horquilla de nácar y le sonrió dulcemente. Y él le guiñó un ojo mientras un hoyuelo se dibujaba en torno a la comisura de sus labios, haciendo que se pareciese todavía más a su difunto padre.

–Elgus Abedul me dio un poco de sal ayer, y también una porción de hojas de té –se explicó la mujer, algo avergonzada–. Le dije que se lo pagaría en cuanto pudiera, pero insistió en que no. Dijo que no era necesario. Es un buen hombre, ¿verdad?

Órzum sonrió. Elgus Abedul, el padre de Gurkh, también era viudo desde hacía bastante tiempo, y además, bebía los vientos por Cáer. Eso lo sabía toda la aldea. Gurkh le había contado que Elgus llevaba algunas semanas contemplando la posibilidad de pedirle a su madre que se casara con él. Los dos chicos se habían reído mucho al saberlo, y también se habían alegrado al pensar que, quizás, se convertirían en hermanastros. Pero los días pasaban. Elgus no se decidía. Y la viuda continuaba aferrada al pasado, sin pasar página, guardando luto por su difunto marido desde hacía diez eras.

–Un buen hombre, desde luego –respondió Órzum, que habría dado lo que fuera por volver a ver a su madre feliz.

Mientras se terminaban el desayuno, la vieja lanza de Corzus parecía observarlos desde encima de la chimenea. Y Cáer, sintiéndose culpable por haber considerado siquiera la idea de volver a enamorarse, agachó la cabeza.

Aquella noche, Órzum se armó de valor y se adentró de nuevo en los bosques, seguro de que se encontraría con Ríanon. Se había pasado todo el día pensando en ella, aunque a su madre volvió a decirle que se iría con los chicos al granero de los Turm.

—No vuelvas muy tarde o mañana estarás cansadísimo. Y hay mucho trabajo en la granja —le recomendó Cáer. Pero a Órzum no le importaban el cansancio o la falta de sueño si podía ver a Ríanon un poco y charlar con ella un rato.

Caminó prácticamente una hora hasta que el inconfundible resplandor de plata le indicó que no se había perdido. Junto al arroyo, Ríanon lo esperaba con las alas de libélula descubiertas y el cabello argénteo extendido sobre su espalda. Un color muy curioso para tratarse de cabello. Su expresión se veía algo más relajada que la noche anterior, aunque no menos tímida. Entonces Órzum la saludó y después acudió a su lado.

Ríanon le pareció más bonita todavía. Sus ojos negros seguían brillando, encandilando de nuevo al joven Gordolobo, a quien le habría gustado decirle lo bien que le sentaba aquel vestido de color crema y lo dichoso que era por volver a encontrarla en lo profundo del bosque. Pero, en lugar de eso, tan sólo fue capaz de decir:

—He traído unas cerezas. Son bastante tardías. La semana que viene comenzará la siega.

Y maldiciéndose a sí mismo por su falta de valor, extrajo de su zurrón una bolsita llena de negras y jugosas cerezas. Ríanon, dándole las gracias, probó una y sonrió.

—No se equivocan los que afirman que los frutos de tu huerto son los mejores de todo Zarzos —concluyó el hada, cogiendo otra cereza de la bolsa.

—Bueno —se resignó Órzum—, hay quienes saben cazar jabalíes.

—Yo no como jabalíes. Las hadas no nos comemos a ningún animal. ¿No lo sabías?

Órzum, perplejo, se encogió de hombros. En realidad, sabía poco o nada sobre las hadas, y Ríanon, en un intento de retractarse por haber resultado un tanto mordaz, endulzó su tono de voz para explicarle:

—Las hadas nos alimentamos gracias a la magia de la tierra. Es cierto que comemos sus frutos, pero la verdadera razón de que podamos vivir es que la fuerza de la madre tierra nos llena de vitalidad, como a los árboles, como si

tuviésemos raíces. Por ese motivo, si un hada es alejada de la naturaleza se marchita hasta morir, como una flor cuando es arrancada.

El joven Gordolobo la escuchaba, muy atento. Al parecer, las hadas eran más interesantes de lo que jamás se había imaginado. Luego se fijó en que Ríanon iba descalza. Sus toscos zapatones de cuero, cosidos por la vieja Sauquilla, la esperaban vacíos junto al tronco del sauce en donde había colgado su capa, y Órzum supuso que aquélla era una de las maneras que Ríanon tenía de sentirse más salvaje, como cualquier ser feérico. Entonces él también se descalzó. Se quitó las botas de montaraz, heredadas de su padre, y pisó con las plantas desnudas la tierra húmeda y arenosa de la orilla del arroyo, clavando en ella sus dedos con asombroso placer. El hada se rio.

–Es reconfortante, ¿verdad? –le preguntó. Y Órzum suspiró.

–Es divertido.

Después se sentaron, buscando un hueco entre los helechos. Ríanon brillaba de una forma tan sutil que iluminaba todo a su alrededor sin que su luz resultara molesta, sino todo lo contrario. Y Órzum no podía dejar de contemplarla, como si la propia luna hubiera abandonado el cielo para sentarse junto a él.

–¿Cómo llegaste a la aldea? –inquirió aquél, muerto de curiosidad–. Dímelo. Es obvio que los Sauquillos no son tus verdaderos padres.

Ríanon guardó silencio durante unos minutos, tal vez porque debía pensar muy bien la respuesta que quería darle. Sin embargo, no parecía incomodada.

–Ellos me encontraron en el bosque. Yo había perdido a mi madre y a mi padre, y vagaba huérfana, hasta que una mañana de invierno tenue me crucé en el camino de la vieja Sauquilla, que andaba recogiendo hierbas curativas para sus pociones. Después me llevó a su casa y me preguntó si quería quedarme con ellos. Y a mí, que no tenía a dónde ir, me pareció una buena idea.

” Los Sauquillos han sido muy buenos padres conmigo durante todo este tiempo. Ellos saben mucho acerca de los misterios y la magia del bosque, más que cualquier aldeano de Zarzos. Por ese motivo, creyeron que lo mejor para todos era ocultar mis alas de los ojos de los curiosos.

–Pero, ¿por qué? Tus alas son fabulosas. No deberías avergonzarte por ellas.

–Sigues sin entenderlo, Órzum. No es por vergüenza por lo que las oculto. Hay más. Si alguien se enterase de que hay un hada en Zarzos, tendríais problemas, créeme.

–¿Qué problemas? –insistió el joven. En cambio, la mirada de Ríanon había adoptado un deje severo, lo que indicaba que aquella conversación quedaba zanjada.

–Ya sabes demasiadas cosas sobre mí, Órzum. Dejémoslo aquí. ¿Está bien?

Y él, consumido por la más molesta de las intrigas, no tuvo más remedio que aceptar su silencio. Se inclinó para coger otra cereza justo cuando Ríanon también lo hacía. Sus dedos se rozaron por un instante y el hada retiró la mano, ruborizada. Entonces, el joven Gordolobo cogió aquella cereza succulenta a la que ambos habían echado el ojo y, como un caballero, se la ofreció a ella, que abrió la palma de su mano para recibirla mientras esbozaba una sonrisa, con sus graciosos y pequeños labios de hada.

Poco a poco, fueron pasando los días. Y Órzum y Ríanon no dejaron de verse cada noche allí, en su lugar secreto, apartados de la aldea y de todos los demás. Había comenzado la siega, y el joven, a pesar del cansancio, trabajaba a destajo en su pequeño huerto, que cada día lo sorprendía con cosechas generosas. Además, lo hacía con una gran sonrisa en la boca.

–¿Qué es lo que te hace reír? –le preguntó Cáer una vez, mientras le servía un tazón de lentejas. Órzum, saliendo de su ensimismamiento, se puso colorado, aunque sabía que las pecas de sus mejillas le ayudarían a disimularlo.

–Me estaba acordando de un chiste que Gurkh contó ayer, por la noche, en el granero de los Turm.

–Ya –respondió la viuda, resignada–. El granero de los Turm...

Pero ella, que era madre y mujer, comenzaba a averiguar qué extraña enfermedad aquejaba a su hijo. Una enfermedad que le hacía sonreír con la mirada perdida, echarle palos de madera para comer a los perros y huesos al fuego del hogar, y sobre todo, mantener limpias sus dos únicas camisas. Sin embargo, y puesto que ya se había hecho público el noviazgo de Ankara con Sigref, Cáer permanecía tranquila, sabiendo que ninguna otra chica sería tan venenosa para su hijo como la Fresno.

Y pasaron semanas. Pero no transcurrió ninguna noche sin que Órzum y Ríanon se vieran por lo menos un rato. Puesto que durante diez eras no habían cruzado jamás una palabra, lo cierto es que tenían muchísimas anécdotas que contarse. A veces se enseñaban canciones, se proponían acertijos o se contaban leyendas, siendo las conocidas por el hada especialmente misteriosas. Pues claro, ella no era de Zarzos. Y el joven Gordolobo cada vez estaba más encandilado con su luz, con su voz, con sus palabras sabias y con su compañía. De hecho, incluso le confesó que poseía un don para hablar y entender a las plantas.

–Nunca antes se lo había contado a nadie, Ríanon. Prométeme que me guardarás el secreto.

Ella lo miró, fascinada, y sonrió.

–Es un don precioso. Ya te dije una vez que tenías el corazón limpio. Las plantas también lo notan.

Comenzó el invierno tardío. Las hojas de los árboles empezaban a dorarse, resistiéndose a caerse de las ramas. Las jornadas amanecían cada vez más frías y en el huerto apenas quedaba nada que recoger. En los hogares, las mujeres se afanaban por recomponer sus despensas de cara a la vuelta del frío mientras los hombres terminaban las labores en el campo. Los molineros trabajaban como nunca y en la plaza los trueques vivían su mayor apogeo. Órzum y Ríanon se cruzaban por allí de vez en cuando. Fingían que no se conocían y, cuando nadie se daba cuenta, se guiñaban un ojo, o se sonreían, sencillamente.

En una ocasión, Gurkh Abedul se percató de que algo extraño ocurría entre ellos mientras sus ovejas recobraban el aliento en el abrevadero de la plaza.

–¿Te ha mirado, Órzum? –le dijo al oído, casi asustado–. Juraría que lo ha hecho. Juraría que la *rara* te ha mirado.

–No es ninguna rara –espetó Órzum, y su tono sonó más tajante de lo que esperaba. Gurkh se avergonzó, y hasta se disculpó. En ese instante comprendió que su amigo conocía a la hija de los Sauquillos mejor de lo que pensaba, y también supo que, por el momento, era mejor no hacerle preguntas.



–La respetas, ¿verdad? –le preguntó, en voz baja. Y Órzum asintió—. Entonces, yo también la respetaré.

Las noches se habían hecho más largas y frías. Pero aquello no suponía un problema para el joven Gordolobo. Él, por su parte, se acostumbró a llevar consigo una manta de lana para no quedarse aterido junto al arroyo. Ríanon, sin embargo, puesto que era un hada no sentía frío alguno, porque ella era como las plantas y las rocas. Durante esa época los árboles ya casi no conservaban ni una hoja, el arroyo había crecido a causa de las lluvias y, en lugar de compartir cerezas, Ríanon y Órzum compartían uvas. Una noche llovía tanto que el hada le mostró al joven una cueva cercana, la Cueva de los Saltamontes. No era muy grande. Lo justo para que una pareja de enamorados pudiera resguardarse en ella, ya fuera del mal tiempo o bien de las miradas curiosas.

–Hoy estás muy seria, ¿te ocurre algo?

El hada, taciturna, se apoyaba en la entrada de la cueva, con la mirada nostálgica. Su cuerpo brillaba como siempre, como la luna que nadie en Zarzos tenía la posibilidad de ver. Y Órzum la contemplaba en silencio, porque no tenía valor para decirle que, después de todos los días que habían pasado desde su primer encuentro, ella se había convertido en su mayor ilusión por despertarse cada mañana. De pronto Ríanon se giró hacia él, y sus ojos negros brillaron como dos diamantes.

–Fue un milagro que te perdieras aquella noche en el bosque. Ha sido una suerte que nos hayamos conocido a tiempo.

Pero existía algo en las palabras de Ríanon que inquietó súbitamente a Órzum, pues aquello se parecía a una despedida.

–¿Qué quieres decir? ¿Te vas a marchar de la aldea?

Se le hizo un nudo en la garganta. Si ella se iba de Zarzos, le partiría el alma en pedazos, como quien rompe un espejo. Ríanon, por su parte, trató de tranquilizarlo.

–Al fin y al cabo, soy un hada. No puedo pasarme toda la vida en una aldea humana. No puedo decir que viva del todo mal aquí, pero, compéndelo: también me apetece estar con los míos.

Órzum sintió que el corazón le daba un vuelco. Por primera vez se pasaba por su cabeza la idea de que Ríanon prefiriese alejarse de la aldea para

volar en libertad. Y por mucho que le doliese, reconocía que era lo mejor para ella. Zarzos no la había tratado nada bien, y si lograba llegar a algún lugar habitado por *féeros*, Ríanon ya no tendría que camuflarse nunca más para esconderse de la multitud.

–¿Estás bien, Órzum? –le preguntó, preocupada. La respuesta, evidentemente, era negativa. Órzum había palidecido, su semblante acababa de nublarse como un cielo azul ante una tormenta torrencial, y hasta tuvo que hacer fuerza para tragarse una lágrima. Pero, ¿cómo no se lo había imaginado antes? ¿Cómo no se había dado cuenta de que ella no pertenecía a su mundo? Entonces, abatido, supuso que el destino colocaba a cada uno en su lugar, y Zarzos no era lugar para Ríanon. De eso, estaba seguro.

–Ha dejado de llover –resolvió al fin. Mas no era aquello lo que necesitaba decirle. Lo que necesitaba decirle era que no se marchara de su lado, que nunca había conocido a una chica tan especial y que nunca se había enamorado de ninguna como lo había hecho de ella. Sin embargo, tampoco esa vez reunió el valor necesario.

–Será mejor que volvamos –anunció Ríanon. Y juntos deshicieron el camino hacia la aldea una vez más, aunque mucho más callados que en ninguna otra ocasión.

Al día siguiente, Órzum se levantó con un dolor de cabeza considerable. Había dormido poco y mal, pensando en Ríanon y en la última conversación que habían mantenido. De hecho, había soñado con ella. Había soñado que ésta se marchaba volando y que no volvía a verla jamás. El joven Gordolobo tenía mal aspecto y una pizca de fiebre, y se veía mustio y apagado. La mañana, que se había presentado lluviosa y gris, estaba ya algo avanzada cuando se despertó, aunque Cáer, que había desayunado hacía un buen rato, no se lo reprochó. Al fin y al cabo, durante esa época había poco trabajo y, además, Órzum parecía haberse puesto enfermo de verdad, algo poco habitual en él.

La mujer le tocó la frente y, acto seguido, se acercó a unos estantes en donde almacenaba algunas bolsitas de hilo rellenas de plantas medicinales que compraba a la vieja Sauquilla, la curandera de la aldea.

–Veamos –murmuraba–, las flores de saúco eran buenas para la fiebre y, además, creo que la vieja puso un poco de tomillo y llantén.

–No te preocupes, madre. Estoy bien –declaró Órzum haciendo un esfuerzo por incorporarse. Sin embargo, la cabeza le daba vueltas como nunca. La mujer, con la bolsita de hierbas en la mano, se dirigió hacia donde estaba su hijo, escrutándolo con atención. Le abrió la boca con los dedos y después le olió el aliento.

–¿Bebiste anoche? –le preguntó, cogiendo aire y preparándose para lo peor.

–¡Oh, no, madre! Sabes que yo nunca bebo.

–¡Ay! ¿Yo qué sé, hijo? El otro día Gorrión Yolco iba borracho por la plaza. Y tú te juntas con él todas las noches.

Órzum estuvo a punto de decir que no. Menos mal porque, si lo hubiera hecho, tendría que haberle contado a su madre toda la historia sobre sus encuentros secretos con Ríanon. Y, a decir verdad, tampoco estaba muy seguro de que a su madre le agradara que anduviese con una chica tan extraña como aquélla. Casi delató su propia mentira pero, afortunadamente, Cáer creyó encontrar la causa del malestar de su hijo.

–Te has acostado con la ropa mojada, ¿verdad?

No era cierto, aunque a Órzum le bastó. La noche anterior llegó con la ropa seca a casa. Gracias a la cueva que le enseñó Ríanon, apenas se había mojado ni las botas.

–Ya lo sabía yo –continuó ella, satisfecha–. Eres poco cuidadoso con tus cosas, hijo. Y tu salud es lo más valioso que tienes, nunca lo olvides. Debiste pasar hasta el anochecer por ahí, con la que caía, y ahora cogerás una gripe de caballo. Anda. Voy a prepararte estas hierbas antes de que te pongas peor.

Y dicho esto, Cáer busco una cazuela y la llenó con agua de un cántaro para calentarla en el fuego. Después, buscó una tetera de las tres que colgaban de las vigas de la choza. Dos eran de hojalata, pero la otra era redonda y tenía un baño de porcelana roja, así que parecía una gran manzana succulenta. La viuda siempre utilizaba aquélla porque su difunto marido se la había regalado el día que le pidió que se casara con él, y Órzum, que conocía esa historia, tuvo una gran idea.

–Madre, tengo que ir a ver al mercader –anunció repentinamente. Cáer, que acababa de descolgar la tetera roja, colocó los brazos en jarras y frunció el ceño mientras arqueaba una ceja con expresión prohibitiva.

–Ni hablar, jovenzuelo –lo reprendió–. ¿Te has vuelto loco? ¡Mírate! Apenas te tienes en pie.

–Ya me encuentro mucho mejor –se excusó él. Y de hecho, era cierto. Su fabulosa idea le había levantado el ánimo hasta tal punto que, en ese momento, sería capaz de atravesar el bosque y regresar corriendo sin cansarse.

Pero Cáer era una mujer testaruda, y también una madre dedicada. Por eso, mientras Órzum viviera bajo su techo, lo cuidaría como mejor supiese. Así pues, ignorando los ruegos de su hijo, retiró el agua del fuego, que ya hervía, y la vertió en la tetera, recibiendo con una grata sensación los efluvios de las hierbas medicinales que comenzaron a impregnar el aire de la choza.

–Te tomarás esto cuando repose –le indicó mientras buscaba una taza limpia–, y le añadirás una buena cucharada de miel. Ahora descansa, hijo. Yo iré a ver a Zorro.

Mas sólo la habían escuchado los dos perros pastores. O quizás ni siquiera lo hicieron, pues ambos dormían tranquilos delante de las llamas de la chimenea. Sin que su madre se percatara, Órzum se había escapado de allí y había corrido tan rápido que ya casi había llegado a la plaza de Zarcos.

Furtivamente, había cogido la horquilla de nácar que guardaba con sus enseres personales y se la había echado en un bolsillo. Durante mucho tiempo se preguntó qué haría con aquel objeto caro e inservible. A decir verdad, casi había olvidado que lo tenía. Regalársela a Ríanon le parecía de mal gusto, pues esa horquilla la compró para Ankara y, por si fuera poco, ésta la despreció. Así que le parecía un regalo muy poco digno. Ríanon merecía muchísimo más que eso.

No obstante, quizás Zorro el Mercader no le hiciera ascos a la dichosa horquilla, sobre todo si podía comprarla por menos de lo que la vendió. Es más: puesto que nadie la había usado, se hallaba intacta. Completamente nueva. Órzum conocía bien la astucia de Zorro, y contaba con que era un hueso, si no duro de roer, por lo menos correoso. Aunque el joven Gordolobo tenía muy claro que no aceptaría por ella menos de la mitad del precio que él pagó, y con la cantidad que obtuviera le compraría a Ríanon

algo bonito. Tal vez así, con un regalo de por medio haciendo de escudo entre la muchacha y su propia cobardía, se atrevería al fin a confesarle lo que sentía por ella.

Llovía a cántaros. La lluvia repiqueteaba con fuerza sobre los charcos que se habían formado en el camino de tierra que atravesaba Zarzos de un lado a otro, y Órzum estaba, ahora sí, empapado de los pies a la cabeza. En días como aquél Zorro se metía en la posada de los Roblenorme, la única que había en la aldea y en varias millas de distancia respecto de cualquier otro lugar. Sin embargo, su voluminoso carro no estaba aparcado fuera esa mañana, y tampoco se intuía demasiado movimiento en el interior de la posada, por no decir que Órzum era el único loco al que se le había ocurrido salir de su casa con semejante tormenta sobre la cabeza. Aunque ninguno era motivo suficiente como para desistir de su empeño.

Al final empujó con ambas manos el recio portón de madera de roble que cerraba la posada de Ursus Roblenorme y su familia. Precisamente, el robusto muchacho rubio se encontraba detrás de la barra, recolocando un pesado barril de cerveza negra. Al ver a Órzum con la respiración agitada y con el cabello y la ropa mojados, articuló una mueca de asombro.

—¿Qué te ha pasado, Gordolobo? ¿Te encuentras bien?

Órzum asintió con la cabeza, todavía incapaz de hablar, y se encorvó un poco, apoyándose las manos en las rodillas para recuperar el aliento. Luego, mientras volvía en sí, descubrió para su desgracia que no había nadie en el salón de la posada. Pero, aun así, no perdió la esperanza.

—¿Dónde está Zorro el Mercader? ¿Por qué no ha llegado todavía?

Roblenorme lo miró de arriba abajo, perplejo, y después se rio.

—¿No te has enterado? Las lluvias de la semana pasada derribaron el puente de Nuredea. Es el único paso que comunica la región con las ciudades del Oeste, y Zorro viene desde allí. Así que, hasta que alguien arregle ese maldito puente, el mercader no volverá.

A Órzum se le cayó el alma a los pies. Si el mercader tardaba demasiado en regresar a Zarzos, a muchos aldeanos se les terminarían los suministros de sal, de especias, de té y de licor de las nieves, entre otros. Pero al joven Gordolobo no eran los suministros lo que le preocupaba. Él necesitaba comprarle un regalo a Ríanon, dárselo esa misma noche y pedirle que fuera su prometida o, como poco, confesarle lo enamorado que estaba de ella.

Resopló y se palpó el bolsillo, notando en su interior la incómoda presencia de aquella horquilla de nácar que parecía burlarse de él. Le dieron ganas de sacarla de allí y lanzarla al fuego, a las llamas, para que la devoraran. Pero se contuvo. No quería que Roblenorme le hiciera preguntas, y mucho menos que luego fuera a ridiculizarlo delante de Ankara y todos los demás.

—Está bien, Ursus. Que tengas un buen día.

—¡Eh! —respondió aquél con evidente grosería—. ¿Es que no vas a tomarte nada, Gordolobo? Llevo dos horas aquí sin que venga un solo cliente, y estoy aburrido, ¿sabes?

Órzum supuso que, tiempo atrás, le habría dicho que sí, sin recapacitar siquiera. Le daban miedo los fornidos brazos de Roblenorme y no quería terminar con un diente de menos, como Gurkh. Sin embargo, ese día fue capaz de decirle que no.

—Tengo asuntos más importantes que resolver, Ursus. Así que no tomaré nada.

Roblenorme lo observaba, estupefacto, mientras Órzum recababa cada una de sus palabras. El corpulento hijo de los posaderos de Zarzos no daba crédito a lo que acababa de escuchar, pero lo cierto es que no se atrevió a replicarle.

—Vale, Órzum. Siento si te he ofendido —se retractó. Y acto seguido, Órzum abandonó la posada con la barbilla erguida, en señal de orgullo por su inesperada osadía.

Cuando salió de allí, la sensación de ufanía que por un momento lo había ensalzado se disolvió deprisa. Seguía lloviendo. Zorro no iría. No había conseguido un regalo para Ríanon. Y su madre lo esperaba, enfurecida. Lo cierto era que sus posibilidades no eran demasiado alentadoras.

Entonces, una segunda idea lo iluminó. No era tan esplendorosa como la primera, pero tal vez a Ríanon le gustara, pues ella no era pretenciosa, ni egoísta. Órzum era el mejor campesino de la aldea, y también el mejor jardinero, gracias a su don secreto. Todo el mundo lo decía. En torno a su modesta choza, las flores resistían mejor que en ningún otro lugar las heladas y la nieve, sobreviviendo de una manera casi milagrosa a las adversidades del clima. Además, durante esa era las violetas habían crecido más aromáticas que nunca, y los pensamientos, más aterciopelados que de costumbre.

Decididamente, le haría un ramo con ellos a Ríanon e iría a su casa a dárselo en persona.

—¿Qué haces ahora, hijo? —le preguntó su madre desde la ventana, desconcertada—. ¡Pasa ahora mismo y tómate la medicina!

—¡No puedo, madre! —respondió el joven mientras escogía las flores y las cortaba con la mayor delicadeza posible.

Cáer, iracunda, salió a la puerta y resopló mientras lo fulminaba con la mirada. Aunque no por ello Órzum se detuvo.

—Lo siento, madre. No quiero que te enfades. Te prometo que después te lo explicaré. Ahora, tengo muchísima prisa.

Una vez tuvo el ramo de flores en sus manos, Órzum echó a correr de nuevo en tanto que su madre lo condenaba desde la lejanía, profiriendo alguna que otra maldición en voz alta. Y puesto que Zarzos era, lo que se dice, una aldea minúscula, el joven Gordolobo no tardó ni cinco minutos en llegar a la choza de los Sauquillos y tocar a la puerta. Esperó. Nadie le abría. Recordó que el viejo Sauquillo era sordo de un oído desde que él tenía uso de razón, así que insistió, procurando que la molesta lluvia no echara a perder sus flores.

Pasado un instante, alguien abrió por fin. Era la vieja Sauquilla, y por lo que se veía, tenía los ojos anegados en lágrimas. Entonces Órzum tuvo un mal presentimiento.

—Gordolobo, ¿qué tal estás? No te esperábamos, no. ¿Quieres una taza de café de acebo?

La vieja Sauquilla, a pesar de su sobrenombre, no había envejecido apenas desde que Órzum la conocía. Sus canas y sus arrugas seguían en los mismos lugares, y su mirada era lúcida y vital. Sólo sus dientes se veían un poco enmarillecidos, quizás por tomar tanto café de acebo.

—No os molestéis, señora. Siento irrumpir de esta manera, pero necesito ver a Ríanon cuanto antes.

Al escuchar el nombre de la muchacha, la vieja pareció quedarse petrificada. Cuando reaccionó, invitó a Órzum a pasar y cerró la puerta tras su espalda. Después se secó los ojos con el delantal, y luego se acercó al horno de leña para extraer de él una hogaza de pan humeante que llenó el salón de un aroma apetecible y envolvente.

El chico había estado allí pocas veces. Normalmente, cuando era un niño, su madre lo acercaba a ver a los Sauquillos siempre que se ponía enfermo, aunque había pasado mucho tiempo desde eso. Sin embargo, tampoco la estancia había cambiado. Continuaba siendo austera y rústica. Sobre las paredes se apoyaba una infinidad de estanterías, todas llenas de botecitos y botellitas que la vieja llenaba con sus preparados mágicos y sus pociones, y de las vigas del techo colgaba un centenar de ramilletes diferentes de plantas, raíces y semillas aromáticas, de las cuales Órzum tan sólo alcanzó a identificar unas cuantas.

—Siéntate, Gordolobo —le insistió la vieja. Órzum le hizo caso y aceptó una silla junto al fuego. Pero continuaba notando aquella opresión molesta en el pecho que le decía que algo no iba bien.

—¿Dónde está Ríanon, señora? —insistió. Entonces la vieja también se sentó, frente a él, y luego se fijó en las flores que éste llevaba en las manos. Justo en ese momento, la Sauquilla rompió a llorar desconsoladamente. Órzum se levantó y le puso una mano en el hombro, tratando de apaciguarla, cuando la voz del viejo Sauquillo se escuchó, llegando desde el interior de la choza.

—Murna —la llamó—, Murna, ¿quién ha venido?

El viejo se asomó y lo comprobó por sí mismo al fijarse con esmero en el rostro de Órzum, pues con el paso de las eras el pobre hombre también había perdido visión. Por lo demás, caminaba erguido y bien, y conservaba todos los dientes en su sitio. Al ver a su mujer llorando, sus ojos azulados y caídos también se humedecieron. Así que se acercó a abrazarla. Mientras los dos viejos se consolaban el uno al otro, Órzum se sintió un poco fuera de lugar, como si estuviera interrumpiendo una escena íntima. Mas esperó con paciencia a un lado, en la penumbra de la estancia, sin dejar de pensar en su hada.

—¿Qué te sucede, Gordolobo? —le preguntó el viejo con la voz trémula, esforzándose por mostrarse entero.

—Estoy buscando a Ríanon.

La vieja Sauquilla se cubría la cara con las manos. Ahora lloraba en silencio mientras su marido mantenía la templanza, viendo de qué manera podía atender a aquel joven.

—Te refieres a Lúa, ¿verdad? —le respondió al fin.



Órzum se quedó helado. ¿Qué significaba aquello? ¿Quién era Lúa?

—No, señor. Me refiero a vuestra hija, a Ríanon.

Y el viejo asintió, resignado, esbozando una amarga sonrisa.

—*Lúa* es como se llama en realidad.

Al joven Gordolobo un incómodo escalofrío lo sacudió de arriba abajo.

¿Por qué Ríanon le había mentado todo ese tiempo? ¿Y por qué se llamaba Lúa?

—Anda, siéntate, Órzum —le indicó el viejo—. Veo que Murna y yo tenemos mucho que explicarte.

—Pero, ¿dónde está ella? —gimió aquél, con un nudo en la garganta.

La vieja Sauquilla se enjugó las lágrimas con sus curtidas manos y levantó la cabeza, frunciendo los labios para ahogar un sollozo. Cuando logró controlar sus emociones, anunció:

—Ella se marchó, esta mañana.

## La enmienda de Lúa

Órzum notó que le faltaba el aire. Creyó que iba a desplomarse de un momento a otro, así que, muy a su pesar, no tuvo más remedio que sentarse de nuevo en aquella silla desvencijada. Se sentía traicionado, apretó los dientes de rabia e hizo fuerza por no llorar. Ríanon le había mentido. Las flores se le cayeron de las manos y tuvo ganas de pisotearlas, aunque eso no sería lo correcto delante de sus anfitriones. Entonces, Murna se levantó a prepararle una poción relajante.

—No juzgues a Lúa, hijo —le dijo la mujer—. Ella no te dijo nada, lo sé. Pero lo hizo para protegerte.

—¿Protegerme? —protestó Órzum, escéptico. Luego reflexionó—. ¿Tan peligroso es lo que se ha ido a hacer que por eso quiso protegerme?

Le entró pánico sólo de pensar que Ríanon, o mejor dicho, Lúa, tenía una peligrosa enmienda que cumplir. Y se sintió impotente al no poder ayudarla.

—Gordolobo —continuó el viejo mientras su mujer calentaba un poco de agua en una cazuela de peltre—, Lúa ha protegido nuestra aldea durante las últimas diez eras, sin que nadie se diese cuenta.

Órzum, al oír aquello, sufrió un nuevo aguijonazo de culpa al acordarse de las veces que se había reído de ella con los demás muchachos. Pues Ríanon, a pesar de las burlas y el rechazo de las gentes de Zarzos, les había protegido sin pedir nada a cambio. ¿Acaso podía existir un ser más noble que ella? Una lágrima le mojó el dorso de la mano y, avergonzado, miró hacia el suelo para que los viejos no lo vieses llorar.

—El día que tu padre murió fue el día que Lúa llegó a la aldea —prosiguió el Sauquillo.

—Pero mi padre... —dudó Órzum—. A mi padre lo mató un jabalí.

Y según terminaba la frase, se iba sintiendo irremediabilmente ingenuo. Murna se giró y forzó una sonrisa, resignada.

–Tu madre ha hecho un buen trabajo todo este tiempo al ocultártelo –apreció–. Sólo ella y nosotros sabemos la verdad. Y Lúa, por supuesto: pues tu padre murió por salvarla. Eljes, querido, sigue contándoselo tú.

–Pero mi padre... –interrumpió Órzum sin saber si quiera lo que quería decir. Quería protestar, quería demostrar lo enfadado que estaba porque su madre le había mentado durante diez eras. Aunque en lugar de eso, se quedó callado, y permitió que el viejo Sauquillo le explicara la verdadera historia sobre la muerte de Corzus Gordolobo.

–Tu padre salió a cazar un jabalí la mañana de tu sexta memoria. Se llevó su lanza con él. Y hasta ahí todo es cierto. Sin embargo, no fue un jabalí lo que se encontró en medio del bosque. El joven Corzus se topó en persona con el temible brujo Murcaelus.

–¿Murcaelus el Sangriento? –exclamó Órzum, con los ojos desorbitados de asombro. Y el viejo Sauquillo asintió mientras cogía su pipa de la repisa de la chimenea y prendía un poco de tabaco en su interior. Aquel tabaco lo traía Zorro el Mercader, y desprendía un aroma delicioso parecido al de la vainilla, un verdadero lujo para las gentes de Zarzos. Tras darle dos bocanadas a la pipa, y soltando el humo aromático muy despacio por la boca y por la nariz, Eljes prosiguió:

–Cuando tu padre llegó, Murcaelus estaba a punto de asesinar a Lúa y a su madre. Tu padre se interpuso para protegerlas cuando, de pronto, el brujo invocó un potente hechizo que hizo volar todo por los aires.

–Y supongo que mi padre murió en ese momento.

–Te equivocas, hijo –lo corrigió aquél.

Órzum volvió a sorprenderse. Apenas recordaba a Corzus, pero no lograba entender cómo un simple cazador de Zarzos había sobrevivido al hechizo de un brujo como Murcaelus.

En ese instante, Murna colocó entre ellos una mesilla redonda que cojeaba un poco, y después le sirvió a Órzum una taza humeante. El joven la fue a coger con ambas manos, pero al comprobar que ésta ardía, decidió esperar un rato. Así que el viejo, fumando otro poco, continuó su relato.

–Tu padre no tenía más que una lanza para defenderse. La misma que a día de hoy todavía cuelga sobre la chimenea de tu casa. Pues bien. Puede que aquella lanza no fuera más que un palo con una punta de hierro, y puede también que tu padre no fuese ningún caballero o mago legendario. Sin

embargo, Corzus poseía algo mucho más grande. Corzus poseía valor. Estaba tan seguro de que podría proteger a Lúa y a su madre que así lo hizo. Y Lúa, que ya desde niña gozaba de una magia inmensa, simplemente transfirió al arma de tu padre lo único capaz de derrotar a Murcaelus: la luz de la luna.

“¡La luz de la luna! –pensó Órzum–. ¡Por eso Ríanon brillaba!”. Recordó de nuevo cuando la vio la primera vez, emanando aquel candor plateado que sólo la hacía más bonita, con aquellas alas de libélula, con aquel cabello argénteo. Eljes prosiguió:

–La magia de Lúa provocó que la lanza de tu padre proyectase un hechizo tan fuerte que el propio Murcaelus quedó fuera de combate. Sin embargo, la madre de Lúa murió cuando un rayo la alcanzó. Ella era una *driade*.

–¿Una *driade*? –se preguntó el joven Gordolobo con curiosidad–. ¿Significa eso que la madre de Lúa era el espíritu de un árbol?

–Así es, hijo. De hecho, cuando murió se convirtió en un precioso espino albar. Pero, antes de eso, le suplicó a tu padre que escondiera a Lúa de Murcaelus. Y él le dio su palabra. Cogió a la pequeña hada, se la cargó sobre un hombro, como si fuera un saco, y se apresuró a regresar a la aldea antes de que Murcaelus volviese en sí. Sin embargo, el malvado hechicero se despertó en ese momento. Y puedes imaginarte lo enfurecido que estaba.

Órzum no dejaba de sorprenderse, tanto por el origen de Lúa como por aquella faceta de su padre que jamás se habría imaginado. Sabía que Corzus había sido un hombre valiente, pero suponía que aquella historia lo convertía en un héroe, así que lo admiró más todavía. Justo entonces cogió su taza y, comprobando con los labios que la poción estaba un poco menos caliente, dio el primer sorbo y se deleitó con el aroma a azahar que le acariciaba la punta de la nariz.

–Murcaelus es muy mal perdedor –prosiguió el viejo–, y esa vez no lo iba a ser menos. Siempre se toma muy mal que lo venzan, por eso es tan retorcido y vengativo. Así que salpicó a tu padre con los restos de la magia que quedaba en su mano. Sólo tuvo que alargar un poco los dedos para hacerse con ella, y luego se la lanzó a Corzus como quien arroja una flecha envenenada. Apenas le hizo un rasguño en la pierna, pero su hechizo era tan letal que esa simple herida sólo le dejó unas horas de vida a tu pobre padre, quien corría con la niña hada en brazos, sin detenerse ni echar la mirada atrás.

” Después, Murcaelus decidió marcharse. Se hallaba demasiado herido como para entablar un nuevo enfrentamiento. En cambio, todavía le quedaron fuerzas para arrojar sobre toda la región la maldición que hasta ahora nos ha impedido ver la luna cada noche. Un par de horas después, Corzus llegaba casi sin aliento a ésta, nuestra casa, cargando con la pequeña Lúa. Murna corrió a avisar a tu madre mientras tú jugabas en casa de los Abedul. Cuando Cáer llegó, Corzus se despidió de ella con un beso lleno de lamentos y cerró los ojos para siempre. Ni siquiera el mejor de nuestros remedios podía hacer nada ya por él.

Órzum suspiró y bajó los párpados, como si hubiera percibido a la perfección el sufrimiento de su padre durante sus últimos minutos de vida. Ahora, por fin conocía la noble historia de su muerte. Luego bebió un poco más.

—¿Y qué pasó con Lúa? ¿Por qué se quedó aquí?

La vieja se sentó con ellos alrededor de la mesilla, y mientras se calentaba las manos delante del fuego, su mirada oscura se volvió a ensombrecer al escuchar el nombre de su hija adoptiva. Eljes prendió nuevamente el tabaco en su pipa, ayudándose de una astilla que arrancó de la mesa, y retomó la historia.

—Decidimos acogerla como si fuera la hija que nunca habíamos podido tener. Corzus nos contó que Murcaelus la andaba buscando para aniquilarla, así que le pusimos un nombre falso y escondimos su verdadera naturaleza de los ojos de los aldeanos. Jamás protestó cuando le cubríamos las alas con esa capa vieja que la hacía parecer deforme. Siempre fue una niña muy madura. Para Lúa, con tal de seguir pasando desapercibida, era irrelevante que los chicos se riesen de ella, pues no sólo su vida corría peligro, sino también la de todos los habitantes de Zarzos. ¿Sabes por qué?

Órzum negó con la cabeza y apuró su taza, intrigado. Entonces, la vieja Murna relevó a su marido para que éste pudiera fumar tranquilo.

—La luz de la luna es, para todas las criaturas, igual de importante que la del sol. Sólo que eso casi todo el mundo ya lo ha olvidado. Antes de la maldición, los campesinos de la región medían el tiempo en lunas. Gracias a ello regían la siembra y la cosecha, y tantas otras circunstancias. Y todo estaba en equilibrio. Ahora sus cosechas son menos prósperas, y sus frutos, menos

vigorrosos. Los de Zarzos hemos sido afortunados, sin embargo. Tener a Lúa en la aldea ha sido lo más parecido a seguir teniendo la magia de la luna. Por eso Murcaelus quería librarse de Lúa cuando ésta todavía era una niña, pues su magia es más grande de lo que ninguno nos podemos imaginar.

—Pero, entonces... —replicó Órzum, volviendo a ponerse nervioso—, ¿a dónde se ha ido Lúa? Tenéis que contármelo, por favor.

En cambio, ninguno de los dos viejos parecía saberlo. Ambos se encogieron de hombros y suspiraron, lánguidos, mientras el joven Gordolobo aguardaba para recibir alguna pista que pudiera acercarlo a Lúa.

—Ella no nos lo dijo —admitió Eljes, con los ojos perdidos en las formas que el humo de su pipa dibujaba en el aire—. Lúa a menudo insistía en que, algún día, cuando llegase el momento, abandonaría Zarzos para obedecer a su destino. Jamás en las últimas diez eras conseguimos averiguar de qué destino se trataba. Lo único que nos ha quedado claro es que hoy era su día señalado. Pero, ¿a dónde ha ido? Nadie lo sabe, Órzum. Ella nunca lo reveló porque lo consideraba demasiado peligroso como para que alguien la siguiese.

—Supongo que, a pesar de todo, es un hada —resolvió Órzum—. Tiene que ocuparse de otras causas muy diferentes a las nuestras. Además, es normal que quiera rodearse de otros seres como ella.

Se apreciaba en el tono del joven el trabajo que estaba haciendo en su interior por asumir que jamás volvería a verla. Por desgracia, la única muchacha por la que su corazón había sentido algo de verdad pertenecía a otro mundo. Además, ¿cómo un hada que conocía los misterios de la magia iba a querer quedarse en una aldea de cenutrios como Zarzos? Sólo un estúpido podría pensarlo, y sólo un egoísta le desearía un destino así de gris y mediocre a una joven con tantas virtudes. Órzum no era estúpido. Y tampoco quería ser egoísta.

—Hada o no —añadió Murna—, la niña siempre ha sido muy especial. Tiene un alma muy antigua. Basta mirarla a los ojos para descubrir que es sabia como alguien que ha vivido quinientas eras.

Órzum también se había percatado de ello. Se dio cuenta la primera vez que miró a Lúa directamente a la cara, junto al arroyo. Esa sabiduría salvaje y ancestral que vivía en sus ojos negros fue lo que hizo que cayera enamorado de ella sin remedio.

Junto a él, la vieja Sauquilla se encogió sobre sí misma, como si un escalofrío la hubiera sacudido, y las lágrimas regresaron a sus párpados llenos de arrugas y dobleces. Entonces, el viejo le pasó un brazo por encima del hombro y la atrajo hacia sí para consolarla.

—Supongo que ella fue feliz con nosotros —se lamentaba Murna, trémula—. En cualquier caso, siempre se lo dimos todo. Lo hicimos lo mejor que pudimos. Y en todo momento sabíamos que iba a llegar este día. Pero jamás nos imaginamos el dolor tan grande que nos mordería las entrañas al verla partir. Sobre todo porque, posiblemente, su destino es demasiado peligroso y complicado para que ella sola le haga frente.

Eljes besó a su mujer en la mejilla y ésta puso una mueca de dolor. Parecía como si la estuviesen atravesando con una espada, y a Órzum se le partió el corazón. Las flores que había cogido para Lúa estaban en el suelo, a sus pies. Se veían mustias y los pétalos se habían quedado flácidos y sin vigor. El joven Gordolobo, desahuciado por completo, no sabía ni cómo empezar a resolver aquello.

Recorrió con su mirada de color miel toda la estancia, embebido en sus propios pensamientos cuando, de pronto, vio un par de zapatones viejos. Eran los zapatos de Lúa. Mejor dicho, los de Ríanon. Eran los zapatos que llevaba para asemejarse más a una humana cualquiera las veces que tenía que caminar por la aldea de Zarzos, y como era lógico, ya no los necesitaba. Lúa ya no tenía que seguir escondiéndose. Quizás incluso llevaría sus alas de libélula al descubierto.

—Iré a buscarla —se reafirmó Órzum de repente.

Los Sauquillos, abstraídos como se hallaban, se sobresaltaron al escuchar su voz sonando con tanta firmeza. El joven Gordolobo cogió las flores mustias y las puso sobre la mesa. Luego se levantó, dispuesto a marcharse.

—Gordolobo, espera, muchacho —le dijo el viejo, haciéndole un gesto con la mano para que se detuviera—. Tú sólo eres un humano. Como todos los habitantes de Zarzos. Creo que esta enmienda es para seres de otros mundos.

—Mi padre habría sobrevivido a la magia de Murcaelus de no ser porque éste le atacó a traición. Así que, ¿por qué creéis que no tengo posibilidades?

Los viejos se quedaron callados, perplejos ante su pregunta. Pero prefirieron ahorrarse el mal trago de recordarle que su padre era el mejor

cazador de la aldea, el más hábil y valiente, mientras que él, tan sólo un campesino (un buen campesino, aunque, al fin y al cabo, un campesino), ni siquiera sabía asir una lanza, y mucho menos utilizarla para defenderse de las bestias peligrosas que, seguro, se encontraría si salía a buscar a Lúa.

–Gracias por todo, señora y señor Sauquillo. Ahora, he de irme a ayudar a Lúa con esa enmienda tan complicada.

Besó a la vieja en la frente y al viejo le estrechó la mano. Y éstos dos, que conocían muy bien la naturaleza de los espíritus jóvenes y sabían lo inútil que sería en ese instante intentar retener a Órzum, simplemente le dejaron marchar, deseándole la mejor de las suertes.

Tan solo diez minutos después, Órzum había regresado a su choza. Se había cambiado la ropa húmeda por otra seca. Había preparado un fardo con el que viajar, provisto de cualquier cosa que pudiera hacerle falta y, por último, le había revelado a su madre todos los motivos que lo habían llevado a tomar la decisión de marcharse de Zarzos, desde su primer encuentro a solas con Lúa y la magnífica amistad que se había forjado entre ellos hasta la visita a la casa de los Sauquillos, durante la cual había conocido la verdadera historia sobre la muerte de su padre, Corzus Gordolobo.

Y Cáer, que lo había escuchado con suma atención de principio a fin sin interrumpirle ni una sola vez, se acurrucó junto al fuego y comenzó a llorar, en silencio, mientras se mordía el labio inferior.

–No llores, madre –le pidió Órzum, compadecido.

–Durante eras he tratado de salvarte del destino de tu padre. Ni siquiera permití que tu abuelo te enseñara a cazar porque no quería que tu vida y la de Corzus tuvieran un solo punto en común. Y sin embargo, mírate: eres la viva imagen de tu padre. Igual de flaco y pelirrojo, igual de callado y sereno. Igual de valiente.

Su madre nunca había reconocido en él la cualidad del valor, y Órzum, inevitablemente, se llenó de orgullo al escucharla. Un orgullo acompañado por una pesada sensación de culpa pues, tarde o temprano, haría todo lo que Cáer jamás quiso que hiciera.

–Si los demás muchachos se han burlado de ti por ser demasiado comedido o apocado, sé que ha sido por mi culpa, hijo. Pero te aseguro que lo he hecho lo mejor posible como madre.



—¡Oh, madre! ¿Habrías preferido que me convirtiese en un matón, como Roblenorme?

Aquella tontería junto a un guiño bobalición de Órzum arrancó una sonrisa del rostro de su madre, tan arrugado por los disgustos de la vida y, en cambio, tan femenino todavía.

—Al final, el sino de tu padre ha venido a buscarte a la puerta de casa... —se resignó—. Y ante eso, supongo, un simple mortal como tú o como yo no puede negarse, ¿verdad?

Órzum respiró hondo. En apenas veinticuatro horas había pasado de ser un chico de aldea con una chica que cortejar a convertirse en el sucesor de Corzus Gordolobo, el humano que liberó de las garras de Murcaelus a Lúa, un hada misteriosa y llena de poder.

—Ella es muy importante para ti, ¿verdad?

Le preguntó su madre, mirándolo con fijeza. Cáer sólo lo miraba así cuando le hacía preguntas muy trascendentes y necesitaba que fuese totalmente sincero. Así pues Órzum, ruborizándose, asintió.

—Entonces —resolvió ella—, ve a buscarla.

El joven Gordolobo no se lo creía del todo. ¿Qué había hecho para que de repente su madre le concediera tamaña libertad?

—Tu padre lo habría hecho por mí. Yo lo amaba por ello, lo amaba porque era capaz de hacer cualquier cosa por mí. Así que cumple tu destino, Órzum. Y ayuda a Lúa, que intuyo que le va a hacer falta.

Acto seguido, la viuda se levantó de donde estaba. El fuego crepitaba con vitalidad y los perros roncaban junto a él mientras afuera la lluvia continuaba cayendo sin descanso. Entonces Cáer acercó una silla y se subió a ella para descolgar de la chimenea la vieja lanza de hierro y madera de Corzus Gordolobo. Cuando la tuvo ante sus ojos, la tocó primero con la punta de los dedos, casi como si le diera miedo que fuera a romperse o algo así. Después la agarró con ambas manos, y tras bajarse de la silla, se la entregó a su hijo, solemnemente.

—A tu padre le habría gustado ver esto —murmuró. Y Órzum, cogiendo la lanza con curiosidad, creyó percibir que todo el valor de Corzus, así como su fortaleza, había quedado inmortalizado en el interior de aquella arma de caza. Quizás era la tercera vez en su vida que la tocaba. Las otras dos veces se dieron cuando él era pequeño, y en ambas ocasiones lo hizo a escondidas

porque su madre le tenía prohibido coger la lanza de su padre. Una de ellas lo pilló con las manos en la masa. La otra, no.

Mientras todavía estudiaba el aspecto de la lanza, su madre le colocaba sobre los hombros la capa más resistente que tenían en casa. Era de cuero bien curtido por fuera y de lana por la cara interna, así que lo protegería del frío y la humedad. Cuando estuvo completamente equipado con la capa, el fardo y la lanza para iniciar su aventura, Cáer lo observó de arriba abajo y volvió a emocionarse.

–Volveré antes del solsticio, madre.

–¿El solsticio de invierno gélido? Queda muy poco tiempo para eso.

–Bueno, pues para el equinoccio.

–Será mejor que no hagamos planes, hijo –le aconsejó ella, zanjando la conversación.

Así que Órzum la abrazó lo más fuerte que supo, y luego se giró, en dirección a la puerta de la humilde choza que lo había visto nacer y crecer, dormir y reír, comer y llorar.

–¿Qué te ocurre, hijo?

Y el joven, que no había sido capaz de disimular su gesto de preocupación, se avergonzó de lo que estaba a punto de preguntarle.

–¿Cómo la encontraré? Ni siquiera los Sauquillos saben a dónde ha ido.

–¿La amas?

Órzum se puso nervioso. Todavía no estaba acostumbrado a hablar de aquellos asuntos con su madre, pues nunca hasta hacía una hora escasa lo había hecho. Al final, musitó un tímido *sí*.

–Entonces, hijo mío, sólo tienes que salir y echar a andar.